

ANDRÉS RAMÓN POVEDA

RECUERDOS DE GUARDAMAR



M.I. AYUNTAMIENTO
DE GUARDAMAR DEL SEGURA
1995

ANDRÉS RAMÓN POVEDA

**RECUERDOS
DE
GUARDAMAR**



M.I. AYUNTAMIENTO DE GUARDAMAR
1995

PRESENTACIÓN

Cuando leí el manuscrito de "Recuerdos de Guardamar", yo no conocía personalmente a Andrés Ramón Poveda, su autor. Fue para mí una experiencia gratificante ir descubriendo, emocionado, un Guardamar familiar y distante a la vez; distante porque revivía ante mí una época —los años cuarenta— que no he conocido, familiar porque los recuerdos de infancia de Andrés son, en gran medida, los recuerdos que todos conservamos de nuestra niñez en Guardamar, con sus travesuras inocentes, su vivir cotidiano, muchas veces aburrido, y esos pequeños acontecimientos —inmensos y fabulosos a los ojos del niño que está descubriendo el mundo— que venían a romper la vida sosegada del pueblo.

Es admirable la capacidad evocadora de la palabra sencilla y sincera de Andrés. Leyendo sus páginas reviven en nosotros recuerdos dormidos y, sobre todo, la emoción y la inocencia perdidas. El Andrés niño que descubre asombrado el mundo de la naturaleza y de los hombres, que escucha al señor Rodri con afán de aprender y de comprender el mundo y el sentido de la vida, nos muestra a una persona de gran sensibilidad y, como diría Machado, en el buen sentido de la palabra buena.

Y esta sensibilidad y bondad del Andrés niño permanece —así pude comprobarlo cuando conocí en persona a su autor— en el Andrés adulto, que a sus sesenta años —nació un 25 de Diciembre de 1934 en la calle hoy Poeta Miguel Hernández— mantiene el mismo fondo del alma que el niño aquél. Si no fuera así, difícilmente hubiera podido escribir este libro, el primer libro que publica, a una edad tan lejana de aquellos años. Quizá haya contribuido a mantener vivos tantos detalles y anécdotas el hecho de vivir en Guardamar sólo durante su

© Andrés Ramón Poveda, 1995
© Ayuntamiento de Guardamar

Fotocomposición e Impresión:
Gráficas ANTAR, S.L.
Capricornio, 1 • 03006 - ALICANTE

infancia, pues su padre, el tío Honorio, empleado de Riegos de Levante, después de trabajar dieciocho años en la Presa y Elevación del Campo, fue trasladado a Crevillente, ciudad donde reside ahora Andrés, empleado también, como su padre, de Riegos de Levante. Allí ha transcurrido la mayor parte de su vida, compaginando su amor a la lectura y a la Naturaleza —fue fundador del Centro Excursionista de Crevillente—, con su vida familiar y laboral.

“Recuerdos de Guardamar” tiene, además de sus méritos literarios, valor de documento histórico, de crónica viva, cotidiana, de un pueblo y unas gentes, algo esencial para conocer la “intrahistoria” de nuestro pueblo y de la España de los años cuarenta. A veces la anécdota mínima, en apariencia intrascendente, ayuda más a comprender la sociedad y la mentalidad de una época que los grandes acontecimientos históricos. De ahí la importancia que se da actualmente a la historia oral, a la recopilación de datos, recuerdos, costumbres, etc. relatados por gentes sencillas y humildes, testimonios que de otro modo se perderían para siempre. ¿A quién no le gustaría conocer la vida cotidiana de un niño en la Edad Media o, por hablar de Guardamar, de un niño que viviera los terremotos de 1829 y la construcción del pueblo actual? En este sentido, el libro de Andrés, con el paso del tiempo, adquirirá mayor valor todavía.

Con la publicación del presente libro, el Ayuntamiento de Guardamar quiere reconocer la admirable labor del autor e iniciar una colección que, en próximos libros, contribuya con nuevos títulos a recuperar la memoria histórica de nuestro pueblo, tan necesaria para comprender el presente y construir el futuro.

Nada mejor que “Recuerdos de Guardamar”, de Andrés Ramón Poveda para iniciar nuestra tarea.

JUAN RAMÓN TORREGROSA TORREGROSA

Concejal-delegado de Cultura del
M.I. Ayuntamiento de Guardamar del Segura



“Foto hecha en la carretera de “EL CAMPO” frente a su Escuela Mixta, un día de excursión, sacada del libro “RECUERDOS DE GUARDAMAR”. DE ANDRES RAMON POVEDA.”

Por el año 1942, frente a la Iglesia, separados por la carretera y el Paseo, se hallan los dos Colegios Nacionales: el nuestro y el de las chicas.

Mi Colegio, aquella unitaria de setenta u ochenta plazas, con chiquillos de todas las edades y cursos de todos los niveles, era donde nuestro Profesor, don Manuel, m^o delo de paciencia y voluntad, procuraba que aprendiésemos según capacidad e interés de cada uno.

Don Manuel, perdió la mano derecha en accidente de caza; después, aprendió a escribir con la izquierda y consiguió llegar a poseer una de las mejores caligrafías que he conocido.

Prólogo

Deseo que me disculpen quienes dejaron este mundo y yo menciono en mi libro. Ellos guardan relación paralela a los múltiples recuerdos de aquel entonces. "Recuerdos de Guardamar" marca el contraste o diferencia que indudablemente existe entre el pueblo de ayer y este Guardamar de hoy. Sin duda alguna, el amor a mi tierra y esa espectacular transformación o cambio hacia el progreso influenciaron en mí y dieron motivo para el comienzo de este libro.

En "Recuerdos de Guardamar" encontrarán cuentos, leyendas, pensamientos, inquietudes y sueños; referencia y particularidades de esas "joyas" naturales: el río, los montes, el mar, y otras, como la pinada y el castillo, menos naturales.

En un principio pensé extenderme y desarrollar la trama en otros escenarios, distintos lugares, mas no lo hice. Tampoco quise hacer alusión a los maravillosos parques y paseos marítimos que Guardamar posee. La verdad es que con la escritura de este libro sólo he pretendido que quien lo lea pueda pasar unas horas agradables y distraídas. Si lo consigo, habré alcanzado mi principal objetivo y me sentiré satisfecho.

Andrés Ramón Poveda

I "GUARDAMAR DEL SEGURA"

Sentado, apoyando su espalda sobre el Castillo que le protege del amado y temido río Segura, cintura de asfalto y manta verde sobre sus rodillas, se mira en el espejo mediterráneo mi querido pueblo natal. Escenario y hontanar de recuerdos. Largos días y difíciles años de la postguerra. Los jóvenes apenas nos dábamos cuenta de la situación, no habíamos conocido otra época.

Entre las casas blancas, la Iglesia sobresale majestuosa imitando a la gallina madre rodeada de sus polluelos (en la actualidad, la mayoría de los polluelos se han convertido en gallos).

Frente a la Iglesia, separados por la Carretera y el Paseo, se hallan los dos Colegios Macionales: el nuestro y el de las chicas.

Mi Colegio, aquella unitaria de setenta u ochenta plazas, con chiquillos de todas las edades y cursos de todos los niveles, era donde nuestro Profesor, don Manuel, modelo de paciencia y voluntad, procuraba que aprendiésemos según capacidad e interés de cada uno.

Don Manuel perdió la mano derecha en accidente de caza; después aprendió a escribir con la izquierda

y consiguió llegar a poseer una de las mejores caligrafías que he conocido.

Puedo decir que fui alumno de “entre dos aguas”; puesto que mi comportamiento en clase era el de un chico callado y obediente. Es natural que en estas condiciones, a ninguno de los profesores que tuve les sea posible acordarse de mí. En la memoria del profesor quedan los alumnos que destacan por estudiosos e inteligentes, los que se retrasan y nunca llegan a coger el ritmo, y los revoltosos o rebeldes que crean problemas continuamente con su modo de ser. En realidad, no sé exactamente, la persona “término medio” ¿qué huella puede dejar en este mundo? Algunas veces me pregunto: ¿En la otra vida, Dios como maestro, se fijará sólo en los que destacan, en el bien o en el mal, y se olvidará de los de “entre dos aguas”?

¡Cuántas preguntas y recuerdos! La gente estaba tan hecha a las colas de racionamiento que, al entrar en cualquier establecimiento, no se dirigían a las personas saludando: ¡Buenos días! o ¡Buenas tardes!, sino que entraban preguntando: ¿Quién es el último? ¿Detrás de quién voy?

Admiraba, en las mujeres, la rapidez y seguridad para hacer “filet” de albardín. Y la tía “Liguarda” vendía higos chumbos y membrillos hervidos; también colocaba asientos de anea a las sillas. Bajo el puente del río, en un islote, crecía una mata de anea. Y el tío Gomis arreglaba zapatos; mejor, trataba de arreglarlos.

En el Castillo se hallaron treinta cántaros de color rojo y cuello estrecho; dijeron que era de los moros.

“El Feliu” y “Silvestrico” eran los encargados de traer el agua —de beber y de gasto—. “Carretero” y “Mingo El Gloria”, los encargados de hacer bandos.

La huerta y el campo no necesitaban insecticidas. Y Manolín cantaba muy bien los tangos. Yo no me atrevía a ir nadando hasta la “Roqueta”, prefería bañarme y nadar en el río de abajo.

Mi amigo Tintorico quería parecerse al tío “Poldo”, que era capaz de echar un saco lleno de trigo por encima de la baranda del carro. Y admiraba a Lucino, que podía coger la vaca por los cuernos y tirarla al suelo.

Por miedo al ridículo, la gente silenciaba los fallos o errores ocurridos durante el año. Después de cada equivocación, nada tenía de extraño oírles decir: ¡Cuidado! De esto no hay que decir ni media; si se enteran no tendremos escapatoria y seremos publicados.

Y la gente joven cantaba aquello de:

No se vaya usted
sin ver al Alone
que es un equipo ideal
lleva...

Cada vez que aparecía en la playa algo extraordinario, alguna cosa fuera de lo normal, de unos a otros se iba corriendo la voz y en corto espacio de tiempo comenzaba la “marcha” para ver aquello que tanto nos llamaba la atención.

En cierta ocasión fueron unos soldados alemanes los que aparecieron ahogados en distintos lugares de la playa.

Don Antonio Rodríguez (para mí el Sr. Rodri), fue el que me dio la noticia. Después, cuando salí de la escuela, estaba esperándome y nos fuimos paseando hacia el mar. Nada más ponernos en camino, le pregunté:

— ¿A qué se debe tantos hombres ahogados, y por qué cada uno de ellos aparece en sitio diferente?

— “He oído decir —me contestó— que pertenecen a dos barcos de nacionalidad alemana. Que hace unos días, de regreso a su tierra, salieron del puerto de Cartagena cargados de naranjas; pero, cuando se hallaban frente a estas costas, fueron hundidos por aviones aliados. De otra parte, no cabe duda alguna que el temporal de Levante, como ocurre casi siempre con otros objetos, se ha encargado de esparcirlos por los distintos lugares de la costa.

“Aseguran que en el salvavidas llevaban un botellín con alimento para siete u ocho días; mas ellos, por lo visto, hacía más tiempo que estaban en el agua. Sin embargo, en zona de la isla de Tabarca, cuando el Cura se hallaba pescando, tuvo la suerte de poder salvar a uno de los marinos que todavía se encontraba con vida”.

No sé cierto desde cuándo conocía al Sr. Rodri. Tampoco sé dónde vivía, ni quise preguntarle directamente por su pasado.

A pesar de la diferencia de edad, éramos verdaderos amigos. Por su parte necesitaba hablar y ser escuchado. Creo que la gente pasaba de todo cuanto él decía y nunca supieron que aquel hombre fue como una enciclopedia viviente.

Nada más entrar en la carretera de la playa, vino hacia nosotros, haciéndome fiestas, un perro muy grande al que llamábamos “Ruso”. Un perro que jugaba con todos los niños, consentía que le hiciéramos mil diabluras y cogidos a él cruzábamos el río. Creo que no tenía dueño. En las peleas entre perros, siempre era el mejor, lo que se dice un campeón. Llegó a viejo y quedó sin dientes, pero su inteligencia y bravura le sirvieron para seguir ganando combates. Tan noble y tan feroz, así era él. Le hice unas cuantas caricias y luego marchó al encuentro de otros niños.

Seguimos nuestro camino, pasando bajo los arcos formados por pinos y eucaliptos, grande y hermosa bóveda que llega hasta el cruce de los viveros. Desde allí, por encima de la hilera de chalets, veíamos el mar. En el centro, allá al final de la carretera y dentro del agua, se alzaba un precioso balneario construido de hormigón y rodeado de grandes ventanales. Más tarde supe que fue barrido por un temporal de Levante.

A nuestra derecha quedaban los barracones de madera ocupados por los soldados; al fondo, un poco hacia la izquierda, se podía ver perfectamente, la Isla de Tabarca (para nosotros L'illa). Mi vecino, Regidor, en su juventud, fue nadando de Guardamar a la Isla. Además de vecino, Regidor era amigo de mi padre y tuvo tan buenos detalles conmigo que no le olvidaré nunca.

Lo cierto es que estábamos tan hechos a ver la pinada, el mar, el río y su vega, el Moncayo, el castillo —para qué decir más—, tantos y tantos hermosos lugares, que no le dábamos la importancia que ellos tenían y tienen.

— No andes tan aprisa —me dijo el Sr. Rodri—, debes ir despacio y recrearte en la visión de las cosas,

caminar con arreglo a las posibilidades del compañero. Sé que a tu edad es natural que vayas corriendo y saltando, pero sé también lo importante que es poder vencer la impaciencia y el nerviosismo en cualquiera que sea la situación en que te encuentres.

“Ten siempre presente que, en un momento dado, el nerviosismo puede ser el principal motivo del fracaso. No cabe duda que es nuestro mayor enemigo en cualquier clase de actividad.

“Es evidente que hay organizaciones que tienen por norma la concentración y autocontrol de la persona. La prisa no les sirve para nada; en un trabajo o misión —aunque pasen años—, éste, debe quedar acabado y bien acabado. No importa que la persona destinada para ello envejezca y muera, otro ocupará su puesto y lo terminará. Está claro que no les gusta las improvisaciones y, de este modo, pocas veces les salen las cosas mal.

“Estoy convencido de que esta noche, cuando te acuestes en la cama, cerrarás los ojos y desfilarán ante ti las imágenes de todo lo ocurrido y visto durante el día. Si pones atención y te fijas bien en todas las cosas, obtendrás una película aumentada en calidad y nitidez. También es cierto que si entre el día hemos estado cerca de un pozo muy hondo, de un acantilado, de un abismo; en fin, asomados a cualquier sitio peligroso, pasamos tanto o más miedo al recordarlo por la noche que en el mismo instante en que estuvimos allí”.

Con estos y otros razonamientos, el Sr. Rodri conseguía mantener vivo mi interés y que andara a su lado para poder oírle. Si bien es cierto que la mayoría

de las veces le decía que sí sin estar seguro de haber comprendido lo que me había dicho. La prudencia y respeto, junto al temor de ofenderle, me impedían decirle que no sabía lo que me estaba explicando.

Lo primero que hicimos al llegar a la arena de la playa fue sacarnos las alpargatas, atarles las cintas y colgarlas de nuestro cuello.

Avancé a recibir las olas que salían a morir sobre la orilla, consintiendo la caricia del suave líquido en mis pies. Con afán busqué la huella del cangrejo en la arena empapada por el agua que dejó la ola al retirarse; no encontré ninguna señal, pero, de haberla encontrado, hubiera hundido la mano bajo la huella para sacar un buen puñado de arena y, con rapidez, lanzarla hacia adelante; ésta quedaría esparcida por la superficie y el cangrejo al descubierto; el cual, al instante, saldría huyendo en busca del agua para ponerse a salvo. Entonces, yo, hubiera tenido dos opciones: dejar que una segunda ola lo cubriera y lo hiciera desaparecer de mi vista, o cogerlo con la mano y, después de enjuagarlo, comérmelo crudo y vivo.

Tan distraído estaba en mi ocupación que al Sr. Rodri le fue preciso elevar mucho la voz para que yo le oyera.

— Andrés, ven, acércate —me dijo, al mismo tiempo que vino hacia mí, para pasar su brazo derecho por encima de mis hombros y hacerme girar y mirar, primero en dirección a la Mata y luego hacia el Pinet—, mira y graba en tu mente lo que tenemos frente a nosotros, lo que ahora ves; posiblemente en todo el resto de tu vida no se te presente otra ocasión como esta.

En un principio creía que se refería a las personas que igual que nosotros iban y venían por la playa. Por ello no le di mucha importancia, puesto que unos meses antes salió un pez muy grande frente al Moncayo y aquello sí que fue una verdadera procesión de gente.

Después comprendí de qué se trataba, quería que viera la gran cantidad de naranjas que, sobre la arena, formaba una preciosa alfombra de un ancho de cuatro metros aproximadamente, y su longitud todo lo que alcanzaba la vista en ambos lados.

Al instante adiviné que su procedencia era de los barcos hundidos; pero, la verdad es que nunca esperaba que dos barcos fuesen capaces de llevar tantísimas naranjas.

Cuando estuvo seguro de que yo había visto la gran serpiente amarilla, me dejó y empezamos a caminar hacia la desembocadura del río ("La Gola").

— Qué gran sorpresa la de don Pedro —me dijo, aunque para mí lo mismo daba que dijera Pedro que Juan—, si al avistar estas costas hubiera encontrado la extraordinaria cortina de fuego; porque fuego es lo que debe parecer, si se mira desde lejos, al reflejar los rayos del sol sobre las doradas naranjas.

"¡Tierra a la vista! —gritaría el vigía—. Y don Pedro, desde el puente de mando de la nave capitana, miraría, bajando muy despacio su catalejo, para ver el castillo, el río y su huerta, el pueblo, la pinada, las dunas y esa franja de arena, fina y limpia, de más de cien metros de ancha por kilómetros y kilómetros de longitud. De otra parte, millones de olas de agua transparente impidiendo el avance del fuego hacia el Mar".

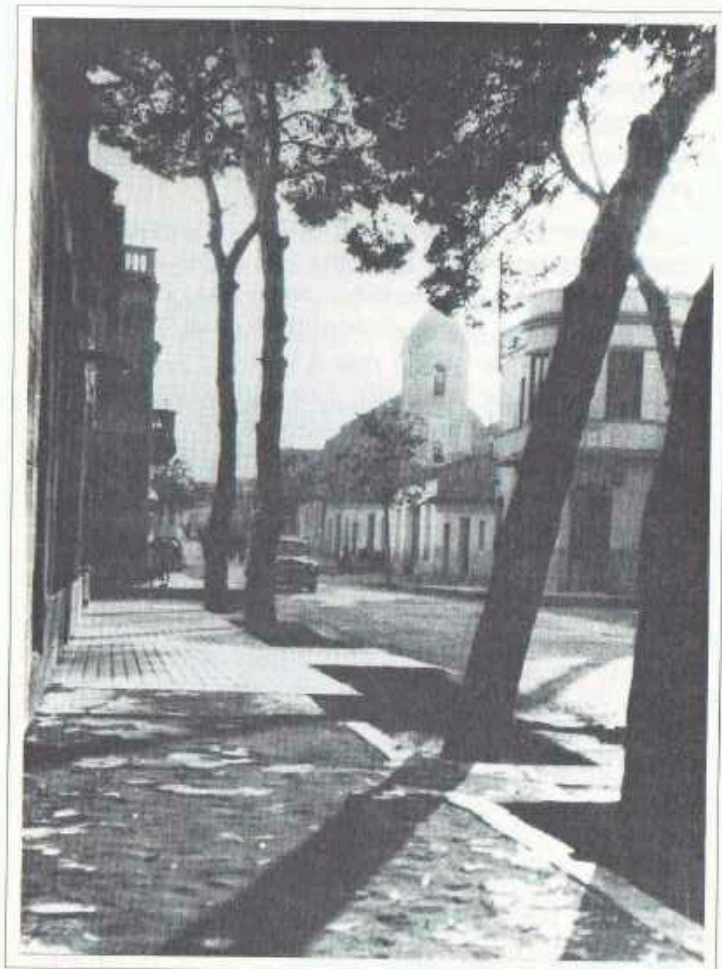
"Estoy convencido de que "El Cruel" —por muy cruel que fuese—, admirado ante aquella belleza y sorprendido por tan singular defensa, prudentemente ordenaría la retirada. Sus veinte galeras virarían para cambiar el rumbo y alejarse de estas costas, a las que posiblemente no volvería jamás".

En nuestro camino, con frecuencia nos encontrábamos algunos conocidos que nos explicaban —al detalle— lo que íbamos a ver. Nada tiene de extraño que el Sr. Rodri, conociendo el final de la "película", me propusiese no seguir más adelante y volvernos a casa, a través de la pinada. Era lógico; de haberme encontrado en su misma situación, creo que hubiera pensado lo mismo. Comprendió a tiempo que a mi edad ver una persona ahogada no me beneficiaría en absoluto. Fue inútil su propuesta, consideré que era tarde para retroceder y, por supuesto, insistí para que siguiéramos hasta el final.

Al cabo de un rato llegamos donde estaba el soldado tendido boca arriba sobre la arena y, como la demás gente, dimos una vuelta o dos alrededor de él. A mí me pareció que de haber estado de pie podría haber sido muy alto. Su uniforme o vestimenta: chaqueta y pantalón de cuero, botas de media caña y un salvavidas que todos decían que era de muy buena calidad.

Aún recuerdo, como si fuese ahora, aquella cara sin ojos y unos cuantos pelos en la punta de la nariz. Alguien dijo que los ojos es lo primero que los peces se comen de la persona ahogada. Esa fue la imagen que quedó perpetua en mi mente.

Fueron apenas unos minutos los que estuvimos allí. A fin de cuentas, era exactamente lo mismo que



ya nos habían dicho. Así pues, sin esperar más, decidimos regresar al pueblo.

Pasamos por las dunas para coger la carretera que atraviesa casi toda la pinada, desde la "Gola" hasta las eras.

En un árbol de la cuneta había una pareja de pájaros arrullándose.

— Por esta época del año están en celo— me dijo el Sr. Rodri—. Después tuvo que explicarme la diferencia que existe entre el celo de las aves y los que yo conocía, que no eran otros que los de un hermano mayor a otro menor.

— Has de saber que los celos, cuanto mayor es la persona que los padece, son más duros y peligrosos. El hombre, por celos, es capaz de conseguir o perder lo que más puede querer en este mundo. Es curioso que de la muerte nadie se siente celoso, incluso no nos molesta si otro se adelanta y se la lleva antes que nosotros. ¿Será que la muerte la tenemos segura? Sin embargo, con las mujeres no nos ocurre lo mismo.

— Andrés —siguió diciendo—, es muy difícil conseguir marcharse de este mundo sin tener ningún enemigo; tanto o más que ser romántico y práctico al mismo tiempo. A veces quiero hablar, pero ¿para qué quiero hablar, si nadie me escucha? Ellos se lo pierden.

En silencio oí sus palabras que, claramente, denotaban falta de calor, comprensión, amor hacia su persona, por parte de los demás.

Siguiendo nuestra marcha, al pasar por el Vivero Viejo, me detuve unos instantes para recoger raíces de eucalipto; mis amigos y yo las utilizábamos como

cigarrillos para fumar —cuando están secas arden muy bien—.

Recuerdo que mi padre plantó unas cuantas matas de tabaco en la orilla del canal; pero la Guardia Civil le aconsejó que las arrancara. Para mi padre, terminó su pequeña industria tabaquera. Luego se hizo una balanza, y con ella pescaba en el río de abajo, igual que lo hacía el tío Antonio, "El Palexaó".

Pasado el Vivero Viejo, y antes de llegar a la "Fonteta", encontramos una bandada de pájaros y, en el acto, me acordé de mi amigo "Huevo", que era el mejor de todos nosotros con el tirachinas.

Y el Sr. Rodri me preguntó: Dime, ¿cómo y en qué has pensado todos estos días en que no nos hemos visto?

Era lo que yo estaba esperando que me preguntara; comprendí que había llegado mi turno y empecé a contarle todo, lo que se dice todo.

Le dije que estuve llevando agua para plantar boniatos de ramal —solíamos plantarlos al "chorret"—. Que Manolo, el de "Liguardeta", vino conmigo a ayudarme y muchas veces nos entreteníamos hinchando ranas y viéndolas flotar en el agua. Que esa misma tarde cortamos varas de tamarit para hacer arcos; las flechas las haríamos luego de las varillas de los paraguas.

Le conté que junto con otros chicos estuve cazando "cacos" en los arenales, y recogiendo cajas de cerillas por los estercoleros, para sacarles las estampas y que nos sirvieran de cromos. Que la tarde anterior, para que andara más aprisa y sacara más agua, le pegaba a un macho, que era del tío

"Carruache", en la cena del "Molondra". Y que a mi madre, por haber ido a lavar al río y no estar esa tarde en casa, la Comisión de la Virgen o Santos Inocentes, le cantaron:

Abre la puerta cristiana
no la vuelvas a cerrar
es la Virgen del Rosario
que te viene a visitar

Le dije que había visto a Manolín, el Tonto; el que venía por las Fiestas de San Jaime. Manolín llevaba una cicatriz muy grande en la frente, y veinte o treinta chiquillos, siempre, detrás de él.

Que con el Maestro, hicimos una excursión al Moncayo —concretamente, donde hoy está la torre metálica—; encontramos lagartijas y alacranes que luego los metimos dentro de botellas con alcohol.

Y cuando estábamos peleándonos —porque a pelearnos íbamos, la mayoría de las veces, a la pinada—, vimos a "Juanet", el Guardia, que iba por la carretera; él ni siquiera nos vio, y si se dio cuenta, el hombre no hizo el menor caso de nosotros. Por nuestra parte, como de hecho sabíamos que nunca hacíamos nada bueno, empezamos a correr y no paramos hasta llegar a nuestras casas —cazar pájaros con tirachinas, coger nidos, recoger leña y acechar "noviajos" en la pinada, eran algunas de nuestras distracciones favoritas—.

El Sr. Rodri continuaba escuchando y solamente me interrumpió para desaprobar mi proceder —por ser de mucho peligro—, cuando le dije que había acompañado a los soldados en las prácticas de tiro que periódicamente efectuaban al pie del monte "Raboses".

El caso es que en todo este tiempo que estuve hablando no me interrumpió, pero algo llevaba dándole vueltas en la cabeza, puesto que, en la primera ocasión que tuvo, me dijo:

— Andrés, volviendo al tema de los celos te diré que la imaginación es la mejor aliada de los celos. Estos alcanzan su más alto nivel cuando damos rienda suelta al pensamiento imaginativo; superando —en mucho, a lo que realmente hemos visto.

Por fin alcanzamos el límite de la pinada, y entramos en la zona o eras de las “afueras” del pueblo. Estas eras no sólo se utilizaban en época de trilla, prácticamente se usaban para una infinidad de cosas: desde jugar al fútbol, hasta tender grandes parvas de ñoras a secar. Recuerdo la noche que desperté alborotado, no sé qué hora sería, y vi a mi padre y a mis hermanos que corrían por la casa de un lado para otro y luego se marcharon. Mi madre me dijo que estaba lloviendo y que todos habían salido a ayudar a los vecinos en la recogida de ñoras que tenían tendidas y abiertas en las eras.

Por un instante, nos paramos a contemplar el panorama que se nos ofrecía. Allí estaba la carretera con su hora punta, o sea, la puesta del sol. Una gran caravana, formada por centenares de carros con sus mulas y unas cuantas carretas de vacas, se retiraba camino del pueblo después de la jornada en la huerta. La marcha era lenta y los carros, más ligeros que las carretas, adelantaban a éstas en cuanto podían. Algunas iban cargadas de raíces de alfalfa —la raíz de alfalfa, secada al sol y quitándole la tierra adherida, es uno de los piensos preferidos por los bueyes.

Sobre la falda o cola del castillo, cerca de las canteras, se veían varias parvas de matas de boniatos. Estas matas, procedentes de la huerta, hechas gavillas, las tenían por el monte y una vez secas se convertían en un excelente pasto para el ganado —principalmente se echaba mano de él cuando llovía, cuando los ganados, de ovejas o cabras, no podían meterse en los bancales de la huerta.

En aquel preciso momento, el reloj de la torre dejó oír sus campanadas indicando la hora en que nos encontrábamos; no recuerdo con exactitud cuál era ésta, sólo sé que al comprobar la proximidad de la noche optamos por continuar, rápido, nuestro camino.

Sin entrar en la carretera, recorrimos toda la calle de la Marina y luego doblamos hacia abajo para coger la calle General Sanjurjo, donde se hallaba mi casa.

Cierto es que de las campanas decían —refiriéndose a las de la Iglesia, y no a las del reloj—: que las trajeron de Toledo, que eran las mejores, que no las había con un sonido tan dulce. Sin embargo, mas tarde, he podido comprobar que en todos los pueblos dicen las mismas o parecidas cosas de sus campanas. Y he llegado a la conclusión de que hay gente tan apasionada, que es capaz de llegar al extremo de creer que la Virgen del Carmen de su pueblo, es más virgen que la Virgen del Carmen del pueblo vecino.

II DESEMBARCO DE LOS MOROS

"Els moros han desembarcat en la Mata, y venen tallant colls".

Sería la media noche cuando, por todas las calles del pueblo, corrían varios hombres anunciando con sus gritos el desembarco de las tropas nacionales. Por delante de mi casa pasó un hombre diciendo: "Los moros han desembarcado en la Mata, y vienen cortando cuellos".

Sin orden ni control, la gente, familias enteras, salían de sus casas despavoridas, con la única idea de huir y alejarse lo más posible de la costa, siempre en sentido contrario a la Mata.

En unos minutos, la carretera de la costa se convirtió en un río de gente enloquecida. Los menos iban con vehículos; la gran mayoría, como nosotros, iban a pie. Todos gritaban y nadie guardaba silencio. Los aviones pasaban muy bajos en dirección a Alicante. La noche era oscura y, de pronto, comenzó a llover; aún así éramos un blanco fácil para la aviación. Por suerte para nosotros, sus objetivos eran los depósitos de gasolina y el puerto de la Capital. Con temor veíamos perfectamente el resplandor de las llamas y oíamos el ruido, infernal, producido por el bombardeo.

Cuando calcularon que toda la gente había cruzado el río, los hombres responsables —en aquellos momentos— acordaron la destrucción del Puente de Hierro, con el fin de obstaculizar o evitar el avance del enemigo.

En el preciso instante en que las cargas de dinamita fueron depositadas en la base del puente, aparecieron varios camiones, conducidos por milicianos, cargados de personal voluntario procedente de los pueblos del interior. Ellos impidieron que se llevara a cabo la voladura del puente y, al mismo tiempo, ordenaron que todos los hombres disponibles volvieran atrás para defender o reforzar líneas.

No cabe duda de que esta orden, para muchos de los que iban huyendo —entre éstos estábamos nosotros—, significaba la separación de la familia. Así pues, mi padre, para no verse separado de nosotros por la obligada incorporación, optó por abandonar la carretera, que era por donde iban llegando más y más camiones, para luego adentrarse en plena huerta y andar por caminos y veredas que él conocía.

Yo había perdido las sandalias y mis hermanos me llevaban a cuestas. Al fin, encontramos una casa y nos metimos en un pajar de la era. Pensamos pasar la noche y nos acomodamos lo mejor posible, al menos allí ni hacía frío ni nos mojábamos.

De pronto, se abrió la puerta de la casa y apareció un hombre que portaba una linterna en su mano derecha, la cual enfocó hacia el pajar donde nosotros estábamos. Seguramente, pensó que algo raro ocurría y dijo:

— ¿Quién anda ahí?



— Gente de paz —respondió mi padre, a la vez que salía a su encuentro—. Hablaron unos segundos sin que nosotros, debido a la distancia, pudiésemos entender lo que estaban diciendo y luego nos hicieron señas indicándonos que pasáramos al interior de la casa.

Ayudado por su mujer, nos dio todo cuanto necesitábamos: ropa, comida, y cama para todos. Por añadidura, el tío Joaquín, “El Formentero” —que así le llamaban a aquel hombre—, a la mañana siguiente y con el Sol bien alto, enganchó su yegua a la tartana y sin hacer caso de los insistentes ruegos de mi padre para que no se molestara más por nosotros, nos hizo subir al carruaje y nos llevó hasta el pueblo, dejándonos en la “mismísima” puerta de nuestra casa.

No es necesario aclarar que el desembarco de los moros fue una falsa alarma. x

A diferencia de todos nosotros, tía Celestina y su marido pasaron la noche durmiendo y se enteraron de todo el jaleo en la mañana siguiente, cuando mi madre les contó lo ocurrido.

En su juventud, tía Celestina debió ser una mujer guapa y buena moza. Por entonces no sé cierto qué edad tendría, pero puedo asegurar que se conservaba muy bien. Llamaba mi atención que, para la higiene de su blanca y uniforme dentadura, usara concha o cal molida de la sepia.

Ella solía contarme muchas cosas, sobre todo, cuando le acompañaba a recoger leña de la que salía a la playa: trozos de caña, maderas, troncos, corteza de pino (“esclafiors”) y, en general, todo lo que pudiera arder después de haberlo secado al Sol; lle-

nábamos las cofas y cargados como asnos volvíamos a la casa.

Me dijo que de joven, más de una vez, había estado en "L'illa". Aquello me causaba admiración. La misma admiración que cuando el tío Manuel, su marido, me decía que había ido embarcado en la "Mar Gran".

El mar, la huerta y el campo evitaron que en Guardamar no se ensañara, tanto como en otros pueblos, el hambre y la miseria.

Había corazón y las circunstancias mantenían a la gente muy unida. Hoy, a pesar de la buena época —paz y progreso—, impera el "Sálvese quién pueda", no miramos a nuestro alrededor y, en resumen, también tenemos corazón, pero más duro.

Con el cubo de ropa lavada apoyado en su cadera y un cántaro lleno de agua en lo alto de la cabeza, tía Celestina, de regreso del río, subía por la cuesta del castillo sin el menor indicio de cansancio. Se detuvo unos instantes y, lenta, muy lentamente, dio media vuelta y se situó mirando hacia la vega.

— Andresico, mira —me dijo—, aquel monte que allá ves, de pico redondo como si fuese un bollo de harina de maíz, cerca ya de Rojas y separado del río por los huertos ¿lo ves? aquel es el monte del que te estoy hablando.

Efectivamente, aquella misma tarde, mientras ella estuvo lavando en el río, yo, por distraerme y pasar aquel rato de espera lo mejor posible, saqué lombrices del barro, hice pitos del ojo de la caña, tiré piedras al agua, una veces para saber hasta dónde

alcanzaba, y otras, utilizando piedras planas, para contar los saltos que daban sobre la superficie —con alguna de ellas logré llegar a la orilla opuesta—, eran las piedras que nosotros llamábamos "ratxaores".

Al principio, en todas estas cosas, lo pasé distraído; sin embargo, luego, algo debió observar en mí tía Celestina que me llamó y empezó a contarme una historia basada en el monte que ahora me estaba indicando.

Así pues, me contó que en la cima de aquel monte había varias piedras de distintos tamaños. Entre ellas, una más blanca que las demás que correspondía a una princesa encantada. La princesa podría volver a su estado normal, es decir, salir de su dueño o encantamiento, si un hombre joven y valiente era capaz de coger la piedra, llevarla hasta la orilla del río y bañarla con el agua de éste.

En ese preciso instante, al contacto del agua, la piedra se transformaría en una bellísima princesa dueña de muchísimos tesoros y palacios.

La muchacha, en agradecimiento, contraería matrimonio con su salvador y, posiblemente, serían y tendrían la felicidad a montones.

Hasta aquí todo me pareció bien. Lo que no acababa de comprender era: ¿Por qué, el salvamento o desencantamiento, solamente se podía realizar cada cien años, y precisamente a las doce horas de la noche del día de San Juan?

Todavía me preocupó más cuando siguió diciendo que todo el que hasta entonces había intentado llevar la piedra al río tuvo que dejarlo por imposible. A

todos les había ocurrido lo mismo; en el momento de coger la roca, la montaña se transformaba en un verdadero infierno: tormentas, truenos, relámpagos, voces lastimeras e insultos al portador de la piedra; apariciones de monstruos que, con sus afilados dientes y sus largas lenguas —algunas de fuego—, se echaban encima del hombre. Aquel tormento o castigo aumentaba, desmesuradamente, con la proximidad del río. Llegaban a tal extremo las amenazas que, al estar cerca de la orilla, su voluntad se quebraba y el pánico se apoderaba por completo de su persona: ¡Imposible seguir!

El último en intentarlo, un joven que vino de las Américas, le ocurrió lo mismo que a los anteriores candidatos: Cuando, cercano a los cañares que refuerzan las motas del río, dejó caer la piedra y huyó corriendo, sin haber conseguido su propósito, pudo oír una voz clara y dulce que le decía: “Gracias por intentar salvarme, pero ahora estoy condenada para cien años más”.

En realidad, tía Celestina nunca me dijo que se tratara de un cuento; pero yo conocía relatos muy parecidos a éste y estaba completamente seguro de que sí lo era.

No obstante, los jueves, cuando acompañaba a mi madre al mercado de Rojales, pasábamos muy cerca de aquel monte. Íbamos a pie por entre los huertos de naranjos y limones. En la senda que nace en la Presa del Canal del Campo, y remonta el río pisando la falda de los montes. (Aún recuerdo el olor del azahar y del tallo de limonero).

Como he dicho, la senda pasaba cerca del monte y, por si fuese poco, a unos cien metros de una casa muy grande y vieja que la llamaban “La Inquisición”; de ésta también había oído contar muchas cosas y ninguna buena. Así se explica que, cada vez que yo pasaba por allí, mirara con recelo las dos cosas: la casona y la montaña; y mientras trataba de disimular el miedo que el paso aquel me inspiraba, en mi interior, siempre me hacía la misma pregunta: ¿Continuará estando ahí la Princesa?

Tía Celestina, después de indicarme la situación del monte y asegurarse de que sabía cierto a cual se refería, continuó subiendo la cuesta hasta llegar al final.

Entramos al pueblo por la calle de los Mochuelos, pasando por la base del “Baluarte”; frente a éste, mirando desde abajo, le pregunté a tía Celestina:

— ¿Cuántos metros tendrá de altura?

— No puedo decirte con exactitud los metros que tiene —me contestó—, pero deben ser muchos. En otra ocasión, ya que ahora se ha hecho tarde y tenemos que llegar pronto a la casa, te contaré una leyenda ocurrida en un país lejano que tenía un castillo con una torre parecida a esta. Fíjate, seguramente, en un sitio como este que estamos pisando, que es semejante a la base de aquella torre, recogieron los cuerpos sin vida de una joven pareja de novios que se quisieron como nadie; que entendiéndolo bien, el proceder de aquellos enamorados fue símbolo y fiel reflejo del temperamento en la juventud de aquel pueblo. Pero no te preocupes, todo eso te lo contaré otro día que tengamos más tiempo. ¡Vamos!

Al llegar a casa, mi madre me mandó a que le trajera algunas cosas de la tienda. Por la calle iba pensando —mejor dicho—, soñando. Sí, soñando despierto, ¿por qué no decirlo? Siempre he soñado despierto, sigo soñando todavía y me gusta. Creo que soñar durmiendo es ir en un vehículo con la dirección rota o en un barco a la deriva. Despierto conduces tu sueño, y giras el volante o el timón, según el rumbo elegido; es el sueño controlado.

— Vas a casa de la tía “Punxoneta” —me dijo—, y que te dé: arroz, sal y una peseta de sardinas de bota, le dices que lo apunte.

Le obedecí al instante, pero le traje solamente arroz y sal. Se me olvidaron las sardinas y tuve que volver a la tienda otra vez. Al entregárselas, mi madre vio que las puntas de las cabezas que sobresalían del papel estaban mordidas, sabía que las había mordido yo, pero no me dijo nada.

Mientras tanto, en todas aquellas idas y venidas, mi acelerado pensamiento intentaba dar solución a muchos casos, a muchísimos problemas. Por supuesto que a consecuencia de esas “soluciones”, yo adquiriría fama y grandeza; aunque, éstas, fuesen condicionadas a mi forma o modo de ser, quizá un poco especial.

Así, por ejemplo, pensaba o soñaba que en el caso de los alemanes, igual que el Cura de la Isla de Tabarca, yo tenía que haber estado pescando con una barca bastante grande y, uno tras otro, ir encontrando a todos los marinos unos momentos antes de ahogarse. Los primeros que salvase irían sacando a los demás y, de esta manera, en corto espacio de tiempo, estarían todos a salvo.

Yo rechazaría toda clase de recompensa, y ellos quedarían muy agradecidos.

Mis amigas y amigos me admirarían; pero, sin decírmelo, sin halagos, ellos sabían que me molestaban. Sin embargo, esto no quiere decir que al entrar en la clase e ir a sentarme en mi mesa, disimuladamente, de reojo, mirara a un lado y otro para observar: cabezas juntas mirándome y cuchicheando, lo suficientemente fuerte para poder oírles decir: ¡Mira, mira, los ha salvado a todos! ¡Qué tío, es un héroe! Y él no le da ninguna importancia. Hay que ver qué poca tontería tiene, no se lo ha creído. Si llega a ser otro, no hubiésemos podido ni hablarle.

Esa misma tarde, cuando tía Celestina tuvo que cambiar de sitio la piedra de lavar, porque el nivel del agua en el río había bajado, pensé lo que tantas veces he soñado: La solución para mi Guardamar; un manantial de agua dulce en lo alto del castillo, que vertiera sus aguas por los laterales como una gran fuente de adorno. ¡Fuera todas las penalidades a consecuencia de las sequías! ¡Basta ya de guardar cola en la fuente! ¡Nada de buscar por los campos agua para lavar!

No pagaríamos a real el cántaro de agua —como lo pagábamos—, ni los hombres sacarían el agua a “portaora” en la “Bombeta dels Flares”; aunque, a mí, me gustase oír cantar flamenco al “Cortaor”, mientras sus compañeros seguían llenando y vaciando los cubos.

Y aquella vez que Tintorico y yo vimos cómo los pescadores cruzaban sus cuchillos para cortar las mangas formadas por las nubes, que absorbían el

agua del mar, soñé: Que empleando un artefacto de mi invención y mando a distancia, las nubes me obedecerían, y las mangas, como dóciles trompas de elefante, irían llenando las "vasijas", que en este caso serían: "El Fuensanta" y "El Alfonso XIII" —en mi sueño aún no cabía incluir "El Cenajo"; tal vez porque todo esto que digo pasó por mi imaginación mucho antes de que tío José me enseñara cómo era posible capturar a un grillo.

III VISITA AL CASTILLO

"Un home digué que si cavarem tot el Castell, encontrariem tan d'or, dels moros, que ens fariem tots rics".

Decían que los moros dejaron ocultos muchísimos tesoros y para encontrarlos habría que excavar todo el castillo. Por nuestra parte —los niños—, sin que los mayores se diesen cuenta, teníamos montado un servicio de observación o vigilancia en el lugar donde sacaban la tierra del castillo para arreglar las carreteras de la pinada.

Me tenía muy preocupado ver como se llevaban la tierra y que, de seguir aquella marcha, pronto desaparecería mi castillo. La balanza del querer, entre pinada y castillo, estaba muy igualada. Desde siempre había subido al monte a jugar y lo conocía palmo a palmo. De todas formas, en caso de duda, acudía a preguntar al Sr. Rodri.

Hacía una buena mañana, era domingo y nos hallábamos sentados sobre la muralla de Levante.

— ¿Tantos tesoros dejaron los moros cuando se marcharon de aquí? —Le pregunté.

— Muchísimos —me contestó—, sin embargo, al

contrario de lo que muchos creen, los menos fueron de oro y joyas; la gran mayoría son objetos que basan el valor en su origen y antigüedad.

— Entonces, estos barcos grabados en la muralla ¿pueden ser de mucho valor?

— No, no lo creas así. Ni es ese el tipo de barcos que tenían los moros, ni hace tanto tiempo que están grabados.

Yo continué preguntando, y él para todo tenía respuesta. Me explicó para qué servían los dos sótanos o depósitos, y todavía amplió más su explicación cuando trató el tema del cementerio moro.

El día anterior habíamos quedado en esperarnos a la puerta del taller de "Lusio". Bajaríamos la cuesta, para luego subir al castillo por la parte más alta y difícil.

Aunque llegué algo tarde, no me dijo nada. Nunca reprochaba una mala acción mía. El decía que en un niño todo era natural.

Sin embargo, yo quise disculparme y le expliqué que me acosté tarde porque estuve despanochando maíz; que los mayores, después de terminar, hicieron baile; que trabajé poco o nada, pero me divertí mucho con ver y oír tanto jaleo, sobre todo, la juerga que se armaba al salir una panocha de color morado.

— No padezcas —me dijo—, no hace falta que te disculpes; sé que no hay cosa más adhesiva que una cama cuando la persona tiene sueño.

Por un instante, al pasar cerca del cine, me acordé de Tintorico que solía cantar:

"Guardamar también tiene dos cines
uno en la costera..."

En cierta ocasión, los quintos —en la noche—, cambiaron las placas a los médicos y, más tarde, cogieron varios carros de los que dejaban en la calle y los arrojaron cuesta abajo formando un buen montón de chatarra.

Permanecimos unos instantes callados y luego me preguntó:

— ¿Notas sensación de bienestar, de libertad?

Sin esperar mi respuesta continuó diciendo:

— Ocurre cuando estás en lo alto de las montañas. Por esta sensación y otras cosas más, los reyes envidian a los pastores y éstos a su vez envidian a los reyes. Has de saber que el dinero no es la felicidad; sin embargo, para muchas personas sí lo es.

Sin bajar del muro en que estábamos, di media vuelta y señalando las sierras de Callosa y Crevillente, le pregunté:

¿Aquellas montañas son más altas que este castillo?

— Efectivamente, son más altas —me respondió—, y no creas que están como desde aquí las vemos. Más bien se trata de la unión de varios montes que, si no los conoces, fácilmente puedes perderte entre ellos. También te digo que cuando estás en la cima de un monte, da la sensación de que ese monte es más alto que los demás.

Por entonces, yo sólo sabía que aquel monte tan lejano era la Sierra de Crevillente. Tuvieron que pasar varios años más para conocerla de cerca, y,



para que a mi amigo y ex-socio Lorenzo, le pusieran una placa conmemorativa allá en lo alto del "Picacho".

Pero dejando a un lado todo lo relacionado con mi Crevillente, para tratarlo en mejor ocasión, volvamos a las murallas del Castillo de Guardamar.

Después de estar contemplando un buen rato el magnífico panorama que nos ofrecía el Levante —con el pueblo a nuestros pies—, optamos por ir a la zona del cementerio, es decir, la parte opuesta. ¿Qué más daba aquel sector, viendo y pisando huesos, que otro cualquiera del castillo? Para nosotros todos los sitios eran buenos.

Desde allí podíamos ver el monte donde tenían los militares el polvorín (algunos años después, no sé por qué motivo, pude comprobar que una gran grieta dividía el monte en dos). Un poco más separados se encontraban la almazara, el matadero, la Bomba de los Frailes, la noria, el azud y las presas —márgenes izquierda y derecha— de Riegos de Levante, el Molino de San Antonio, al que, por nuestros padres, teníamos prohibida la entrada; sin embargo, desobedeciéndoles, nos pasábamos horas y más horas dentro jugando y recorriendo hasta el más pequeño rincón.

"El Gallardo" era la compuerta o toma del molino. Quizá recibiera este nombre por su fuerza de salida, o por su capacidad para un gran caudal de agua. Las más veces, la compuerta estaba cerrada y según la época del año, mi padre me mandaba que trajera uno o dos cubos llenos de angula —en la salida del "Gallardo", en los hoyos formados por las piedras del piso, se refugiaba la angula y, con las manos, a puñados, se podía coger toda la que uno quisiera—.

Me parecía raro, imposible, ver el pueblo prácticamente cercado por el mar y el río —casi una isla— soportando la constante escasez de agua.

Al tener ahora solucionado el problema, acudo a mi archivo particular de recuerdos, para extraer de él aquella pequeña fuente de un solo grifo situada frente a mi colegio, que unas horas sí y otras no daba agua que servía para “gasto”. El agua potable procedía de los pozos “Babilonia”, “Ventorrillo” y “Tío Manolito”. Los toneles llenos de agua eran transportados con carros y se distribuían por las casas, vendiéndola en cántaros.

A tío Manolito —que posiblemente era el dueño de uno de los pozos—, aún no sé por qué, le sabía muy mal que le dijeran que él había “vendido” a Málaga.

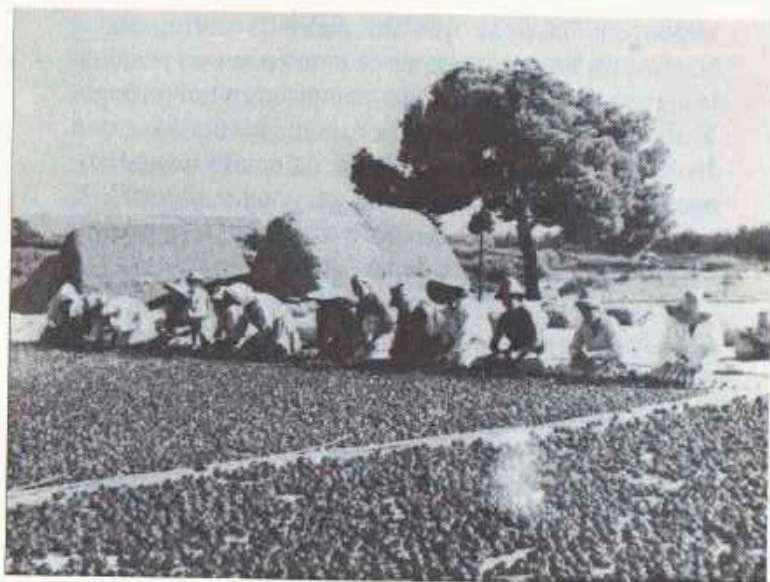
Es curioso, a menudo deseo y quiero que todo el mundo conozca mi pueblo. Que descubran y se enteren —de una vez por todas—, lo bueno que tiene, que es mucho. Sin embargo, otras veces me siento tan celoso que no quisiera ver pisado su suelo, ni que rozaran la flor o perfil de su tierra. Y deseo verlo tal como yo lo conocí, aunque entiendo que ello sería retroceder al pasado. Con mi pueblo me sucede como en los hijos, por un lado quieres verlos crecer y que pronto sean mayores; por otra parte, duele ver el cambio con pérdida de la inocencia y todo cuanto tiene de hermosa la niñez.

Naturalmente, la transformación se observa más en el conjunto global de todas las cosas que en las sencillas particularidades de las personas. Por ejemplo: A la “Mare”, los meses siempre la parecían más

largos que la paga que mi padre le entregaba; a Nieves, mi mujer —que es de esta época—, también le siguen resultando los meses más largo que la paga. Y tratando de encontrar consuelo, recuerdo a don Jerónimo, el médico, que decía: “Cuando una persona muere, siempre le sobran pecados y dinero”. Y para no martirizarme, procuro no recordar lo que mi compañero, Galán, me decía:

— Andrés, no le des más vueltas, el que “pa” pobre está “apuntao”, lo mismo da que corra que esté “parao”.

En Guardamar poníamos el dedo índice delante de nuestros ojos y decíamos que el dedo era más grande que el castillo. Todos los amigos quedábamos convencidos de que era así, sin pararnos a pensar que las cosas cuanto más cerca están más grandes nos parecen.



IV

Para bajar del castillo decidimos utilizar la senda que va a las canteras, la que más abajo se une con la que viene de la huerta. Al pasar por el "Baluarte" hice intención de subir a él, pero el Sr. Rodri me dijo:

— No subas, vamos escasos de tiempo y se hace tarde para llegar a la casa. Además, las rampas de subida son peligrosas y puedes resbalar fácilmente.

— Mi intención no era subir —le dije, volviendo a su lado—, buscaba un escondite o rincón que, según tía Celestina, se encuentra debajo de las escaleras.

Él ya no respondió. Aceleramos el paso y a los pocos minutos estábamos en casa. No obstante, durante el camino, no pude dejar de pensar dónde se hallaría aquel misterioso escondite al que tía Celestina se refería en su relato.

Fue el día en que me llevó con ella a la "Marina". A unas fincas situadas entre el pueblo y el Moncayo, se les llamaba la "Marina". Son mitad dunas —la parte más próxima al mar— y mitad tierra. En las dunas, para saber los lindes había que señalarlos con cercas hechas de cañas.

Por su paciencia, tolerancia y buenos consejos, deduzco que el matrimonio —tía Celestina y tío Ma-

nuel—, los dos debieron quererme mucho. Tal vez este afecto se debiese a la falta del hijo que no tenían.

Nunca pude saber lo que rezaba, pero tía Celestina rezaba cuando el reloj de la torre daba las nueve de la noche. Y antes de empezar a comer: ¡Jesús! Después de nombrar el cerdo: “Parlant pa mí soles”. Antes o después de alabar a una persona: “Mitjorant lo present”. Y si nombraba a un difunto: “Que en paz descanse”. Así era ella.

Nos fuimos hacia la Marina pasando por la era del tío “Pechera”, que fue el primer campo de fútbol que conocí; luego construyeron el Campo Nuevo con “bardisas” de cañas. Allí jugaba el Alone, F.C. Y allí nosotros, cuando no nos dejaban entrar, introducíamos una piedra entre dos cañas y por la abertura veíamos el partido, mejor dicho, medio veíamos el partido, puesto que con un ojo mirábamos a los jugadores, y con el otro teníamos que estar mirando por si venía el guarda encargado de vigilar la cerca.

Dejaré los detalles sobre el fútbol, para centrarme en lo nuestro.

Serían las once de la mañana cuando llegamos a la finca. Tío Manuel, que estaba allí trabajando desde la madrugada, al vernos nos llamó para que fuéramos a coger higos verdes y uva moscatel. Se trataba de nuestro almuerzo; eso sí, comimos hasta quedar completamente hartos. También es verdad que para desayunar tomamos sopas de pan con hierba luisa y cantueso, que es cosa que “muele” mucho, y siendo esto así, no tiene nada de particular que a esas horas tuviésemos hambre.

Luego, mientras tía Celestina marchó a preparar la comida del mediodía, me quedé para ayudar al tío Manuel a coger melones de agua (sandías). Y cuando un melón se encontraba debajo de la arena, para buscarlo, teníamos que ir siguiendo el ramal de la mata.

Al cabo de un buen rato —hechos montones—, habían preparados suficientes melones para cuando viniese a cargar el carro.

Tía Celestina nos hizo señales indicando que fuésemos a comer. Con leña y una olla de barro sobre tres piedras, cocinó un arroz “caldoso” buenísimo. Le echó muchas acelgas, que era como a mí me gustaba.

Nada más llegar, agradecí enormemente el trago de agua fresca de aquel botijo que pendía del techo del “candalacho”, con el fin de que el agua se mantuviese fría y no le entrase ninguna clase de bicho.

El “candalacho” es una especie de barraca con techo alto y forma rectangular; una sola habitación de quince metros cuadrados, aproximadamente, y un porche o visera de las mismas dimensiones. Se construye cara al mar, en el arenal o montículo más alto de la finca. Para su estructura se utilizan palos y cañas. Las paredes y techos son cubiertos con mantos de “albardín”. Sus condiciones son inmejorables para proporcionar buena sombra y aire fresco durante todo el verano.

A la sombra del “candalacho”, recibiendo el aire del mar, teniendo por sillas unas cajas de madera, nos sentamos a comer alrededor de una pequeña mesa. Un cielo limpio de nubes que en su final se mezcla

con el agua —unas veces se distingue muy pronunciada, en el horizonte, la raya o límite que separa el mar del cielo, y otras en cambio en una especie de humo o niebla que impide ver con claridad la línea divisoria—. Allá, muy lejanos, dos pequeños barcos de vela blanca. Y la mar, que toda la mañana estuvo serena, ahora se encontraba un poco movida; no mucho, pero sí lo suficiente para que desde allí donde estábamos poder ver con facilidad los oscuros canales formados por las aguas.

Comimos el arroz que tía Celestina había guisado y, tío Manuel, después de liar y fumarse tranquilamente un cigarrillo, tendió un saco de yute sobre la arena y se echó a dormir la siesta. No estoy seguro de que llegaran a transcurrir dos minutos, cuando le oímos roncar.

No a todos los españoles nos sienta bien dormir la siesta. Yo puedo contar con los dedos de las manos las veces que he dormido bien después de comer, siempre me levanto como si estuviese enfermo.

Posiblemente a tía Celestina le ocurría lo mismo que a mí, por ello buscó la mejor manera para pasar aquel rato sin dormir. Consistía, como en otras ocasiones, en contarme un cuento de los muchos que ella sabía, pero esta vez acertó de lleno, confieso que su narración me gustó muchísimo.

Comenzó diciendo: “Hace bastantes años, en un pueblo muy lejano vivían dos familias queridas de todos sus habitantes. Similares en honradez y patriotismo, por el aprecio y noble comportamiento entre la familia Aliaga y la familia Fernández, fueron siempre modelo de respeto y bienestar.

“Mas quiso el destino que un mal día, sin quererlo ni esperarlo, por cuestiones de lindes y turno del agua para el riego en sus fincas de la huerta, discutieron los padres y como resultado cortaron las relaciones y dejaron de hablarse.

“A pesar de todo, reconocían la valía de cada cual y aunque no se dirigiesen la palabra seguían guardándose el mismo respeto de siempre. Comprendían que, uno y otro, se dejaron llevar por el acaloramiento del momento. Aunque en su interior los dos lamentaban lo sucedido, ninguno quería dar su brazo a torcer. Llegaron a intentar vender las fincas para soportar mejor la situación; es decir, por no tener que pasar el trance, todos los días, de no poder saludar al amigo y el consiguiente remordimiento de creerse ambos culpables.

“De hecho, no vendieron las tierras y siguieron como buenos vecinos. Eso sí, tratando de comportarse mucho mejor que cuando tenían relaciones y se hablaban.

“Pero no quedó así la cosa. Ocurrió que desde chicos, desde siempre, Celia, la hija menor de Aliaga, y Antonio, el primogénito de Fernández, fueron juntos de paseo. La relación rota por los padres, a raíz de la discusión, en nada afectó a la pareja. Por añadidura, la inclinación y amistad mutua, que desde su más temprana edad demostraron, vino a transformarse en la pareja de novios más jóvenes del pueblo. Ni que decir tiene que por su hermosura y simpatía, eran motivo de admiración de toda la gente. No había más que ver y comentar la buena pareja que hacían y lo enamorados que estaban.

“Sin embargo, hubo un momento que peligraron sus sueños, sus proyectos para el futuro o castillos en el aire, planeados y contruidos durante las horas de sus largos y múltiples paseos. Tenían por costumbre, una vez realizados los trabajos que consistían en ayudar a sus padres, correr a encontrarse en alguno de los sitios —por ellos conocidos— apropiados para poder hablar y soñar.

“Te digo que peligraron sueños y relaciones, puesto que por aquellos años hubo un rey muy poderoso vecino de aquel país que, por envidia y sin motivo alguno, declaró la guerra, y al frente de sus hombres se lanzó a la conquista del pueblo.

“Toda la gente hubo de retirarse al castillo, donde resistieron e impidieron que el ejército atacante ocupara la plaza. No cabe duda que la tenaz resistencia fue el motivo, y no otro, por el cual no pudieron efectuar la toma del castillo, optando por una retirada general.

“Antonio, valiente luchador, fue uno de los que defendieron y a la desesperada consiguieron no dejar pasar a los soldados dentro de las murallas del castillo.

“Celia ayudó aquí, allá y en todas partes donde necesitaban su apoyo moral y afectivo; atendiendo a los heridos, trayendo agua, llevando armas; en fin, la pareja, no sólo demostró su valía en el amor, sino también en la lucha contra el enemigo.

“Efectivamente, el enemigo se retiró y toda la población creyó que sería para siempre. No pensaba así el vengativo rey; el cual, al no poder conseguir su propósito, se sintió humillado y herido en su amor propio. Le costaba admitir su equivocación o error de cálculo. No supo valorar las defensas de las murallas,

ni apreciar la combatividad y valentía de los hombres, así como la eficaz dirección de la lucha por los que se pusieron al mando de la gente para la organización y defensa del castillo.

“Tal era la espina que llevaba clavada el rey que unos días después de la retirada llamó a su capitanes y les expuso, con todo detalle, su estrategia o planes de ataque para la toma del pueblo.

“Juró que la próxima vez no dejaría cabos sueltos ni caería en los mismos errores de la vez anterior. La conquista, la victoria estaba asegurada.

“Pues bien, para conseguirla empezó introduciendo dos hombres dentro de la población haciéndose pasar por comerciantes. Estos hombres disponían de tiempo y dinero para conseguir información que luego trasladaban a otros enlaces.

“De esta manera, el rey iba urdiendo concienzudamente los hilos que más tarde habría de tejer en el telar de su venganza.

“Así se explica que un año después de su primer intento, en el que fracasó, consiguiera adueñarse por la fuerza de aquel heroico pueblo.

“En todo esto, Celia y Antonio, lo mismo que el año anterior cuando fueron atacados, pelearon y combatieron por el pueblo hasta su capitulación.

“Pero nuestra pareja, con esa agilidad que caracteriza a la gente joven, en el último instante en que todo el mundo era hecho prisionero y quedaban a merced del “enemigo”, ellos, hábilmente, consiguieron esconderse. Fue allí, en su refugio, donde después de dar vueltas y más vueltas a la situación,

acordaron o decidieron cuáles tendrían que ser sus propios destinos.

“Por lo pronto, para llegar a una de las torres del castillo le cerraban el paso dos centinelas —bastante distraídos— que tenían esta animada conversación:

— “Créeme si te digo que estoy harto de guerras —le decía un centinela a otro—. Servimos a nuestro Señor, y no cabe la menor duda de que es valiente y conquistador; mas, yo no sé qué es mejor: servir a un rey con afán de conquista, o a ese otro, conservador, que no es movido por la fiebre de la ambición y el poder. Toma como ejemplo nuestro caso: Lejos de nuestros hogares, no hemos terminado una campaña y ya estamos metidos en otra. Después de cada batalla, conocemos nuevos compañeros que fueron reclutados y adiestrados para cubrir las bajas producidas en la pasada lucha. No quiero tomarles afecto, luego es más difícil olvidarlos; cualquier día, estoy seguro que nos llegará el turno a nosotros.

“Hambre, miseria, sed, heridas y muerte es lo que tenemos a nuestro alcance. En compensación, por todo ello, el sabor de la victoria o el de la derrota.

“El caso contrario al nuestro: que sirvas a un señor que ame la paz y no quiera o no ambicione más tierras; no cabe duda de que tendrás más tranquilidad, en algunas épocas; pero, visto de otra manera por sus enemigos, y creyéndole presa fácil, no te quepa la menor duda de que todos le declararían la guerra con afán de lucro, con intención de quedarse sus posesiones, y nosotros, ni que decir tiene, seguiríamos con las mismas penas que padecemos ahora, las que padeceremos siempre.

“Está bien claro, es la vida del soldado y no tenemos más remedio que pasarla lo mejor posible; es decir, el rato que podamos o nos dejen”.

“Mientras tanto, Antonio y Celia, que ni siquiera escucharon la conversación de los dos centinelas, aprovecharon aquellos minutos para decidirse. De sobra sabían que entregarse suponía: prisión, esclavitud, humillación y, lo que ellos más temían, desunión.

“Separados uno del otro no les sería posible vivir. ¡Nunca se separarían! ¡JAMÁS!

“No esperaron más, salieron corriendo de su escondite y esquivando a los dos centinelas que trataban de apresarlos, llegaron hasta la torre. Una vez allí se dieron un beso y cogidos de la mano, sin que los centinelas pudieran hacer algo por impedirlo, desde lo más alto saltaron al vacío. Sus cuerpos golpearon el suelo, y aún siguieron rodando por la pendiente muchos metros más.

“Es posible que al llegar a tierra estuviesen muertos; pero, ni el golpe contra la superficie, ni las innumerables vueltas que dieron en la vertiginosa caída, pudieron lograr que aquellas manos se separaran. Era el lazo del amor.

“Sobre el árido suelo, en la base de aquel castillo que los dos habían defendido con singular bravura, yacían los cuerpos sin vida de Antonio y Celia. Eso sí, cogidos de la mano, defendiendo su amor igual que lo hicieron por su pueblo.

“La Villa entera se conmovió ante aquel suceso. Y en aquellos deplorables momentos de desgracia y miseria ocasionados por la guerra, la gente, demostrando

do su afecto, desfiló por delante de la pareja para verlos por última vez.

“La tragedia hizo bajar, un poco, los humos de los conquistadores, y su Capitán —a quien el rey dejó a cargo de la plaza conquistada—, en un rasgo de buena voluntad, sabedor de toda la historia de la simpática y desafortunada pareja de novios, dirigiéndose a sus hombre dijo:

— “Puesto que juntos vivieron, lucharon y se quisieron, no he de ser yo quien los separe. Dadles juntos sepultura para que sean ejemplo de un gran amor”.

“Obedecidas fueron las órdenes dadas por su Capitán. De regreso del camposanto hay un crítico momento en que Aliaga y Fernández se paran y sus miradas se encuentran, están uno frente al otro y, de pronto, se unen en un fuerte abrazo y lloran —sobran las palabras—, eso es, lloraron y lloraron muchísimos años a sus hijos: CELIA Y ANTONIO”.

— ¿Ya ha terminado? —le pregunté, al comprobar que tía Celestina había dejado de hablar.

— Sí, eso es todo. Perdona que esté callada, pero es que en estos momentos recuerdo a mi padre cuando me contaba este cuento y no puedo dejar de emocionarme cada vez que lo refiero.

Así es la vida: Ella, entonces, recordaba a su padre, y yo ahora la recuerdo a ella. Lo que lamento de veras es no recordar sus palabras, su versión original, no haber podido mostrarte —a tí, lectora o lector—, esta narración con las mismas palabras y la misma gracia que ella empleó.

— ¿Es verdad que sus manos no llegaron a separarse porque se querían mucho? —Le pregunté.

— No tendría nada de extraño que hubiese sido ese el motivo. Lo que decimos de la fe —que mueve montañas—, podríamos decirlo también del amor. Sin embargo, he de decirte que la persona, al perder pie o quedar en el vacío, inconscientemente, en su desesperación, busca donde asirse, cogerse a ese “algo” con la esperanza de salvarse de la caída.



V

Me detuve unos instantes en mitad del Puente de la Virgen, para ver correr el agua sobre las piedras del río. El agua, clara y transparente, parecía sonreír. Eran sobrantes de la "Acequia Mayor" y "Marchena". El cauce aún no estaba canalizado; luego lo canalizaron y creí que nunca lo vería lleno. Sin embargo, algunos años después, en una riada, pude comprobar como el nivel del agua rebasaba los muros laterales.

Continué andando por la acera hasta llegar al otro extremo del puente o lado izquierdo del Vinalopó. Allí encontré al Sr. Rodri que, como siempre, me di cuenta de su presencia cuando estaba a poca distancia de él.

Es curioso, nunca acordábamos dónde teníamos que vernos la próxima vez, sin embargo, cuando deseaba hablarle, cuando necesitaba su conversación y consejo, no tenía más que ir a Elche completamente seguro de hallarle allí. Excepto la última vez, que estuve recorriendo toda la ciudad y no pude dar con el Sr Rodri. No sólo lo busqué ese día, aún hoy, cuando ando por las calles de Elche, tengo la esperanza o sensación de que en cualquier esquina puedo encontrarle esperándome.

Fue él quien primero adelantó su mano para saludarme y, al mismo tiempo, preguntarme una serie de

cosas que no me dejaban espacio más que para decir las palabras: bien, sí y no. En realidad, era esta la segunda vez que nos veíamos después de que nos viniéramos de Guardamar —supongo que él residía en Elche, no lo sé cierto; yo vivía, por entonces, con mis padres en al 5ª Elevación de Crevillente—.

— ¿Con qué has venido? —me preguntó.

— He venido en bicicleta, y la he dejado en un taller del Cuartel Viejo.

— Bueno, si te parece, podemos ir paseando hasta el Parque Municipal, mientras vamos y venimos me cuentas cómo te va la vida por Crevillente. No debes tener pereza y venir más a menudo. Sabes que quiero guiarte tus pasos, conducirte en esta vida por un camino recto y verdadero. Después de todo, hasta ahora, tú has sido el único que siempre me ha escuchado.

— No tengo pereza —le dije—, lo que no tengo es tiempo para poder venir. Últimamente trabajo muchas horas y son muy pocas las que me quedan libres.

— Andrés, tener pereza no es tan malo como la gente se figura. Se dice que la pereza es la madre de la pobreza. Efectivamente, así es. Sin embargo, el hombre gandul o perezoso es capaz de hacer lo “imposible” con tal de realizar las cosas o trabajos en el mínimo esfuerzo. Por ello, tengo la convicción de que la pereza es motivo y promotora de invención; es decir, muchísimos inventos tienen su raíz en la gandulería, ha colaborado en el progreso y evolución del mundo desde su creación hasta nuestro días.

— ¿Te acuerdas mucho de Guardamar? —Me preguntó.

— Ya lo creo que me acuerdo: del pueblo, de todos mis amigos. He de confesar, y no me avergüenzo al decirlo, que he llorado más de una vez. Por fortuna para mí, en Crevillente también tengo muy buenos amigos.

De todos modos, aunque esté bien, son muchas las cosas que echo de menos: Aquellos buñuelos de San José. Ver la vaca, cuando la hacían al lado de la iglesia, y la “Fune” salía a pedir las llaves montada de pie sobre el caballo. Sentir el olor de las redes, tendidas en la carretera del mar, y ver a los hombres reparando la “xarxa”. Y después de llover, tocar la pared mojada del kiosco del paseo, al mismo tiempo que cogíamos la mano de un compañero y saltábamos para que le diera la corriente. Ver varar los barcos en la playa, con los hombres cogidos —de espaldas— a las bandas, y escuchar la voz del patrón: ¡Hip, vaya! mientras el barco se desliza sobre las traviesas untadas de sebo. Asistir a la subasta de la entrada de la Virgen. Observar la pesca de la “xabega” y la habilidad de sus hombres, con el cordel, para dar la vuelta al nudo y tirar hacia el arenal. Confeccionábamos dragones o cometas y, si al volarlas daban bandazos, decíamos que era falta de rabo. A las sandías vacías, les poníamos una vela encendida dentro y hacíamos un farol o una calavera, según quisiéramos.

Y el día que tío Palomar nos prestó el carro y el burro para vaciar el retrete y llevar el estiércol a la huerta; aquella noche fue de las que nunca se olvida, ni tirando paja y pajús, allí se armó un verdadero festival de mierda y olor por todas partes; los mayores bebieron aguardiente y todos nos lo tomamos a risa.

No me hace ninguna gracia y lo recuerdo, pero no quisiera, cuando el carnicero mataba el cerdo en medio de la calle, encima de una fuerte mesa de madera; sujetándolo como mejor podían, metía el cuchillo en el cuello del animal una y otra vez, hurgando, con el fin de obtener más y más sangre, hasta llenar el cubo. Aún resuenan en mis oídos los quejidos, gritos, gruñidos, ¿Qué sabía yo lo que era aquello? Lo cierto es que, al acordarme, parece que los oigo como si fuese ahora. De sobra sabe usted cuánto quiero a los animales.

Después de todo, como le he dicho, en Crevillente tengo mucha gente conocida y muy buenos amigos. Últimamente, en el gimnasio, somos un grupo de compañeros que nos llevamos muy bien y nos gusta mucho la gimnasia.

— La gimnasia es muy buena para la salud —me dijo el Sr. Rodri—, pero debes procurar realizar los ejercicios tal como te ordena que los hagas el monitor. Ten cuidado con la respiración, no respirar debidamente puede perjudicarte más de lo que tú crees. También es perjudicial, para la persona que hace gimnasia, llegar a enamorarse de su cuerpo. La persona enamorada de sí misma hace insoportable su conversación y compañía; sólo el amor es capaz de dispensar ese defecto.

Después de cada lección utiliza la ducha. La ducha es el complemento de la gimnasia. Por otra parte, quiero que tengas presente que la higiene es primordial; el físico de la persona —guapa o fea— depende de Dios o de la Naturaleza, pero la curiosidad o pulcritud depende de uno mismo.

Procura escoger tus amistades. El refrán nos dice: “Dime con quien vas...”. Las cosas malas y los vicios se aprenden enseguida, las cosas buenas y las virtudes cuesta más aprenderlas pero se aprenden.

Y si no te nace, no te metas en política. Políticos han de haber, pero de la política podríamos decir que es una rama del teatro: drama o comedia.

— Pues mi amigo Fermín —le dije—, que su padre no le deja que pertenezca a ningún partido, el otro día me dijo: “Como a mí me gusta ir a los campamentos y participar en las competiciones y juegos deportivos, que organiza el Frente de Juventudes, estaré hasta los quince años, después cuando me digan si quiero afiliarme a Falange, no voy más por allí y me borro”.

— Ahí tienes un ejemplo, Andrés. Huye de esas amistades que no conducen a nada. Un hombre honrado puede ser: de derechas, de izquierdas, de centro o de ningún partido. Lo que no debe, lo que no puede ser es: hoy de una clase y mañana de otra, sin ningún motivo, claro.

Como antes he dicho, tenía dieciséis años y vivía en la 5ª Elevación. Trabajaba en “Alfombras Iberia” y disponía de dinero suficiente para mis gastos. Había pasado ya la época en que mi amigo Pepe y yo, por obtener un poco de dinero, pusimos varias monedas de cinco céntimos sobre el carril del tren con la esperanza de que al pisarlas se convirtieran en monedas de diez céntimos. Efectivamente, el tren, a bastante velocidad —puesto que iba cuesta abajo—, pasó por encima de las monedas; algunas quedaron pegadas a la vía, otras saltaron y cayeron entre las

piedras. A medida que las íbamos recogiendo con decepción comprobamos que las monedas —de material blanco, quizá fuese cobre— aumentaron de tamaño, pero su forma era ovalada y habían desaparecido las letras y las figuras. En pocas palabras, no se parecían en nada a una moneda. Nuestro intento fue un fracaso, perdimos las monedas que empleamos y ya no volvimos a intentarlo.

Atravesábamos la época o moda del “Hongo” —no me refiero al sombrero—, y pocos fueron los que se libraron de beber aquella agua sucia y contaminada que, según decían —no sabemos quién—, todo lo curaba.

Como por las nubes andaba yo en aquel entonces, metido en un mundo de fantasía y realidad: de un lado, mi Guerrero del Antifaz con todos sus personajes (tardé bastantes años en terminar la colección y, aún hoy, me resulta odioso Ali Kan, el reyezuelo árabe). Al Guerrero, le seguían: El Pequeño Luchador, Juan Centella, Roberto Alcázar y Pedrín, Tarzán, y, cómo no mencionar las novelas de M.L. Estefanía que, después de su compra, las cambiaba y leía varias veces en un solo día.

Por otro lado, todo hay que decirlo, aconsejado por el Sr. Rodri, compré y “devoré” —porque era devorar más que leer— varias obras de Julio Verne, de Wenceslao Fernández Flores y, por supuesto, El Quijote de Cervantes. Confieso que éste último, al terminar de leerlo, no le encontré ni me pareció que tenía tanta importancia como decían, y que ahora yo le encuentro. Solamente unas cuantas cosas quedaron en mi memoria: “El Celoso Impertinente”, las bodas

del rico Camacho, etcétera. Por ninguna parte le veía la gracia a tantas aventuras fracasadas. Yo estaba acostumbrado a las aventuras del Guerrero del Antifaz, que siempre resultaba el vencedor, aunque las circunstancias fuesen de lo más difícil y el número de enemigos incalculable.

De todo este revoltijo surgían mis sueños, los sueños que nunca me han abandonado.

Dicen que la juventud todo lo puede, sería por eso que yo era capaz de soñar despierto, pensar en cosas reales y escuchar lo que decía el Sr. Rodri; por supuesto, todo al mismo tiempo.



VI

Juan Ivars Perelló, el hijo mayor de “Juano”, no sé qué trabajo tuvo que realizar en Crevillente —quizá el montaje de la térmica—, que estuvo unos días con nosotros, en la casa de la Quinta. Su padre y mi padre fueron grandes compañeros y amigos. Cuando le oía decir que su ilusión era ser buzo, tan solo pensarlo, sentía una especie de angustia que claramente me daba a entender que nunca sería aquella mi profesión.

Pero claro está, todos no somos ni pensamos igual. Juanito, el de “Juano”, nacido en Guardamar del Segura el día 25 de Diciembre de 1928, hijo de Juan y Josefa; con fecha 28 de Septiembre de 1950, solicita de la Compañía de Riegos de Levante, S.A. —empresa en la que trabajaba—, una excedencia por un tiempo máximo de tres años. La Sociedad accedió a su petición y, Juanito, alcanzando uno de los mayores sueños de su vida, se marchó voluntario a la Marina Española.

De ese modo, como he dicho, él vio cumplido su sueño y yo di rienda suelta a la imaginación para componer el mío. Así fue como pensé en inventar el “Traje Ideal”. Un traje que me cubriera todo el cuerpo, incluyendo la cabeza. Ligero, elástico, incoloro —quizá invisible—, impermeable, antigás, antibalas,

ignífugo, antirrayos, etcétera. Estas serían las características del traje que yo me encargaría de confeccionar, con el fin de quitarme la angustia y poder visitar las profundidades de los mares, sin tener que llevar el pesado traje de buzo ni las botellas de oxígeno que usan los hombres ranas.

Y no para ahí la cosa, ampliando mi sueño, el traje abarcaría —mejor— serviría para la exploración o conquista del espacio, dando por hecho su fácil adaptación para cualquier caso o circunstancia. No tendría caducidad por deterioro y poseería una gran aptitud de acoplamiento para lo distintos planetas, tuviesen atmósfera o no. Pudiendo ser usado años y años luz, recorriendo galaxias y más galaxias.

Sueños y fantasías, lo mismo da, aparentemente, pasan por mi imaginación sin control ni concierto, pero no es así, tienen un límite: Jamás deben rebasar ni equipararse a los poderes de Dios. Es curioso que el sueño aumenta, va ampliándose, llega a alcanzar grandes dimensiones y, de pronto, aparece ese tope o límite que es Dios; prestándose a ser mi freno imaginativo, me dice:

— “Andrés, recuerda y vuelve en tí, sólomente eres eso: un hombre”.

Los hombres abrían zanjas en la arena para sepultar las bolsas de gusanos que cortaban de los pinos. Para cortarlas utilizaban corbillas que ataban al extremo de una caña larga. Esta faena era muy peligrosa, sobre todo para los ojos.

Octavio, en las peleas, siempre iba a mi favor. Su hermana y la mía eran muy buenas amigas. Él era mayor que yo o se había desarrollado más, no sé, lo

cierto es que era más grande que nosotros y todos le guardábamos mucho respeto. También es verdad que en aquellos años, la profesión del padre influía considerablemente en el desarrollo o crecimiento del niño. Quiero decir que los hijos del molinero, panadero, tendero, carnicero, etcétera, y en general todas las profesiones relacionadas con la comida, crecían más y más robustos que los otros niños.

Nací en la casa de la tía “Bessoneta”, frente a la casa de Pepito, “El Capullet”. Conocí al único electricista del pueblo, “El Cuatre”, y los afiladores todavía silbaban con el fleje rozando sobre la rueda.

Y en el huerto de la tía “Liguarda”, en horas de siesta, las mujeres se espulgaban unas a otras; con increíble habilidad, la mujer que estaba de pie, espulgaba a la que se hallaba sentada en la silla y ésta, a su vez, limpiaba a otra que había sentada en el suelo. Lo que se dice un verdadero matadero de insectos en cadena.

Me agaché y recogí del suelo un pequeño rollo de papel, al ver de qué se trataba, le dije a mi amigo Manolo el de “Liguardeta”: Mira son dos duros. Nos fuimos corriendo a mi casa y mi madre los puso encima del frutero de la mesa y dijo: “Los dejaremos aquí por si alguien pregunta o dice que se le han perdido”. Aquello fue visto y no visto —cosas de chiquillos—, mi amigo salió corriendo y en la puerta del “Bar Regidor”, gritando, comenzó a preguntar: ¿A quién se le han perdido dos duros? Cuando repitió dos o tres veces aquella especie de cancioncilla, como era de esperar, ocurrió lo que tenía que ocurrir, uno de los que por allí había, contestó: “A mi se me han perdido”. Le acompa-

ñamos a mi casa y mi madre, sin ninguna clase de comprobación, le dio las diez pesetas y así acabó todo. La verdad es que para ser la única vez que he encontrado algo, poco duró mi alegría. Tampoco soy partidario de ir mirando al suelo, entre otras cosas, para no encontrarme algo desagradable que en vez de recibir alegría, me remueva el estómago.

Las cañas "liseras" nos servían de pértiga para saltar las acequias. Y por traerme una caña bajé a la orilla del río, su nivel había subido y las piedras de lavar quedaron bajo del agua. Cerca de mí pasó deslizándose una serpiente, nada tenía que temer, era de agua. Siendo más pequeño, me costaba mucho distinguir la culebra de la anguila.

Y me entretuve viendo cómo el mosquito metía su aguijón en mi brazo y, poco a poco, se iba hinchando, llenándose de sangre hasta llegar a un límite o punto que yo sabía muy bien —era el que esperaba para mi venganza—, una fuerte palmada sobre el brazo y la mancha de sangre me indicaba que había acertado.

Pasé por los planteles de boniatos situados en la falda del castillo y alrededor de la almazara, habían sacado la planta y los boniatos revueltos con el estiércol estaban hechos corcho; sin embargo, yo los limpié y los comí.

Confieso que estaba hambriento, era uno de esos días que no sabes lo que quieres y, al sentarme en la mesa para comer, me dio por decir que no me gustaba la comida y no quería comer; mi madre insistió para que comiera, pero yo había dicho que no, la palabra es palabra y el honor es el honor. Miraba el plato de la comida una y otra vez y de buena gana me lo

hubiera comido todo, mas no lo hice, algunas veces actuamos de esta manera y somos así de tontos.

Al mencionar la nube de mi fantasía, no era tal nube puesto que yo lo veía con claridad. Y mi amigo Juan, medio despierto y medio dormido, cerrando y abriendo los párpados al estilo gallina, cuando hacía servicio de compuertas en la 5ª Elevación, me contaba los fascículos que había leído, recibidos en la semana, de: Genoveva de Brabante, Juan León y Juan de Dios.

Y desde siempre pienso que: Si morir es mentira, si morir fuese un sueño, qué angustia despertar dentro de la tumba.

Y cuando me interrogó el periodista, como no tenía nada para contarle, le menté. Y el día de mi primera comunión, como no tenía pecado o no me acordaba de ninguno en ese momento, por decir algo —puesto que yo sabía que todo el que se confesaba era para decir pecados—, también menté; cometiendo con ello el primer pecado reconocido por mí; es decir, a conciencia de que mentía.

Y cuando la humanidad esté tan adelantada, que el hombre no necesite comer, tan sólo tomar unas pastillas, me pregunto: ¿No echará de menos ese almuerzo casero: un frito con una sardina de bota, dos ñoras y dos tomates secos, un huevo estrellado y medio pan de trigo para mojar?

Quiero pensar que estoy pensando bien. ¿Será, el pensamiento, una cosa alquilada para usarla durante esta vida? La solución o la verdad de este mundo ¿cuál es: vivir o morir? Hay veces que pensar en la muerte nos anima a seguir viviendo.



VII

Contra lo que pudiera parecer, no fue este el último día que me reuní con el Sr. Rodri. Como otras muchas veces dábamos uno de nuestros habituales paseos, rodeamos el Palacio de Altamira para bajar al "Hort de Baix" y pasar bajo el puente hasta llegar a la vieja y primitiva almazara expuesta en la margen izquierda del Vinalopó. Por supuesto que, en otras ocasiones, me había explicado con todo detalle el funcionamiento de aquella industria. Pero no conforme en conocer cómo eran utilizados —en su época— los enormes troncos y ejes de madera, esta vez, quise saber el significado de una cueva que, desde allí, se podía ver casi en lo alto de la ladera.

— ¿Qué es, un desagüe? —Le pregunté, señalando hacia arriba.

— No lo sé, más bien parece un refugio.

— Entonces, ¿es el refugio que se hundió y mató a los chiquillos?

— No, éste no puede ser el mismo. La plaza que se hundió, cuando estaban jugando, fue en el "Arrabal", y, por obligación, su entrada o salida debe hallarse más abajo del "Puente de la Virgen".

Aquel fatal accidente me afectó mucho, no sé por qué, quizá por tratarse de niños, lo cierto es que tardé

bastante tiempo en recuperarme. Recuerdo que algunos días después del suceso, con el fin de recaudar fondos para ayudar a los familiares de las víctimas, en el Campo de Altabix, el Hércules y el Murcia jugaron un partido de fútbol amistoso; algunos de aquellos jugadores, más tarde, llegaron a ser famosos.

Como al principio he querido indicar, me refiero a una de las últimas veces que vi y hablé con el Sr. Rodri.

Pude observar que se apoyaba más que otras veces en aquel bastón que yo en cierta ocasión desenrosqué, y que su conversación declinaba hacia la vejez o decadencia del hombre:

— “Andrés, el amor es la gran verdad y la gran mentira. Nacemos y somos el producto o resultado del amor entre dos personas. Por amor somos capaces de morir. Ya sabes que no me gusta emplear la palabra amor en términos sexuales, me refiero al amor puro y espiritual. La muerte no la vemos, pero la notamos cuando viene.

“He creído en la bondad de los hombres, y eso me ha llevado a sufrir más de un desengaño. Con desilusión compruebo que la gente no me aprecia tanto como yo quisiera, ¿será que ellos ven mis fallos mejor que yo?”

“Pienso que si puedo hacerme a la idea y estar convencido de que he de morir, teniendo la suerte de una enfermedad sin dolor y, como se dice, una hora corta o buena agonía, ¡acepto, ya puedo morirme!”

“La muerte no siempre es motivada por la vejez. Recuerda que la Ciencia llega detrás de la enfermedad, y son muy pocas las veces que se anticipa a ésta.

“La vejez nos hace lentos de movimientos, pero no de pensamientos. Y toda persona, por lo general espera, tiene la esperanza de llegar a vivir —al menos— los mismos años que vivió su madre o su padre. También tiene su importancia partir de la nada, hacerse o encumbrarse de la nada y, por último, quedar en la nada.

“Los años tienen su ventaja: El joven sabe cómo piensa él y se figura cómo piensa el viejo. El viejo sabe cómo piensa él y cómo piensa el joven. Y nos pasamos la mitad de la vida pensando en lo que queremos ser; la otra mitad la pasamos pensando en lo que hemos sido y en lo que hubiéramos podido o querido ser.

“Heredar el joven, del viejo, es alegría. Heredar el viejo, del joven, es tristeza. Y si acompaño a un difunto, siento el dolor de los familiares, su padecer en la enfermedad y agonía, y envidia por tener pasado el trance de la vida a la muerte.

“Andrés, cuando eres joven te preocupa lo que dicen o digan de tí. Cuando eres viejo, ni te preocupa lo que dicen o digan y está deseando que, por algo, la gente hable mucho de tí.

“Hubo épocas que ser viejo era motivo de admiración y respeto. En nuestros días, cuando vas haciéndote viejo, adviertes la falta de respeto, el poco caso que te hacen y el ridículo que estás haciendo.

“Conocía a un hombre que hablaba muy rápido, le pregunté por qué tanta prisa tenía al hablar y él me contestó: “Tengo 52 años, durante toda mi vida he hablado despacio, reposado, pensando y estudiando

lo que iba a decir; de pronto me he dado cuenta de los años que puedo vivir: Cinco, diez, quince, ¿Qué sé yo los que me quedan? El caso es que me falta tiempo y he de aprovechar al máximo, para hablar mucho, los años o días que son míos”.

“Si un día compruebas con dolor que ciertas personas —que tú las creías— no son amigas, no desesperes, ten calma, se trata de un desengaño y una lección más de esta vida. Y si de quien no esperabas nada, compruebas con satisfacción que es un auténtico compañero y amigo, no ocultes tu alegría.

“Se acaba el jamón y el hombre repela el hueso, desespera y le duele que se termine; lo mismo le ocurre con su vida.

“Cuando visito el cementerio creo que todos me miran, no les tengo miedo porque sé que todos me aprecian y me quieren; sin embargo, no es buen signo conocer a mucha gente del cementerio; cuando conoces más gente “allá” que “aquí”, es porque tu puesto va siendo el de “allá”. De otro lado, saber que al final hemos de morir, unas veces nos agobia y otras nos alivia y consuela.

“Andrés, el niño hace gracia y nos hace reír. El viejo solamente da risa. Y con el tiempo verás que al ir envejeciendo, no es que seas más cómico, simplemente es que haces reír. También te digo que cuando consigas poder reírte de tí mismo, habrás conocido y dominado el secreto de esta vida.

“Es muy difícil hacer que los viejos confíen en los jóvenes; tampoco es fácil que los jóvenes crean en los viejos. Siempre existe el recelo entre unos y otros.

“Gran tristeza la del viejo cuando observa que es un estorbo; pero, aún es mayor la tristeza cuando la persona no es vieja y nota que va estorbando en este mundo. Son síntomas de vejez repetir siempre las mismas historias, pero comprobarás que en la vida el complejo de ser viejo no lo tienes hasta que no lo eres.

“Andrés, hubo una vez un hombre que se apartó de todo. Desde su infancia procuró estar solo. Su refugio fue siempre la soledad y, entre la gente del pueblo, era muy corriente oírles decir: “Huye de la gente, tiene miedo y no posee valor para enfrentarse con la vida”. Aunque así hablasen de él, la realidad no era esa. El hombre que busca la soledad no es cobarde; quizá huya o esquive la compañía de otras personas, pero no teme a nada. Puede ser que no tenga valor para la vida, pero sí lo tiene para la muerte y no todas las personas poseen esa cualidad. Son muchísimos los que buscan la compañía de los demás para mejor disimular el miedo que les produce la soledad. Y es que el hombre que se apartó de todo, en su infancia construyó un muro imaginario que nunca dejó franquear: nadie entró en su vida ni él en la de nadie. Para él no existieron ni él existió para los demás. Y aunque utilizó un lugar o plaza en el vehículo de este mundo, su asiento estuvo vacío durante todo el viaje y quedó vacío después de él.

“Hay momentos en la vida que necesitamos el calor y compañía de la gente. La necesidad o falta de amigos nos agobia, nos ahoga la soledad. Sin embargo, en otras ocasiones todos están de más, no queremos ver a nadie, incluso, ni a nosotros mismos.

“Andrés, no me compadezco del payaso que hace el ridículo sabiendo que lo hace para conseguir que ría la gente. Me compadezco del que no siendo payaso, hace el ridículo sin saber que lo está haciendo y, sin ningún esfuerzo, consigue que todos se rían de él.

“Mucha gente escribe o se atreve a escribir y sus escritos no dicen nada. Otros, quizá en mayor número, no escriben ni dicen nada, pero si escribieran, posiblemente, dirían mucho y bueno. Estos últimos, por miedo al ridículo o falta de preparación literaria, se abstienen de escribir sus pensamientos y, con ello, nosotros nos quedamos sin saber muchísimas cosas que pueden ser muy importantes.

“¿Sabes? Es muy desagradable ver morir a una persona y no poder hacer nada por salvarla. Ocurrió que un hombre se ahogaba en el mar, se hundía cada vez más y movía las manos en señal de querer decir algo; me recordaba el obrero, a lo largo de la Historia del Mundo y en el paso de todos los regímenes.

“Andrés, compara al bebé con el viejo; verás que en el niño todas las cosas hacen gracia, en el viejo dan asco. Huyen del viejo: jóvenes, niños, mujeres, incluso los pájaros en los trigales.

“También has de saber que la mujer que es elegida en un concurso oficialmente, es la más guapa y bonita; mas todos sabemos que no es así. Que todavía quedan muchas más bellezas escondidas, incluso entre las presentadas, que pueden ser superiores a las elegidas. Este mismo caso ocurre en la política y otras actividades: ¿Cuántos hombres o mujeres, que no conocemos, podrían ser grandes políticos? y ¿Cuántos podrían ser escritores y no lo son? Fácil-

mente podríamos enumerar una larga relación de profesionales y cargos que, todos ellos, nos llevarían o conducirían a un mismo término o palabra: “Frustración”. No cabe la menor duda que algunas personas podrían haber sido excelentes abogados, de hecho les llamamos —medio en broma— “abogados de secano”.

“Quiero que me comprendas, por mediación de un ejemplo, trataré de explicarme lo mejor posible. Figúrate que te hallas sentado en una butaca de un teatro viendo una función: los bonitos trajes de los personajes, brillantes decorados, palabras y conversaciones correctamente enlazadas e interesantes; en definitiva, un conjunto de cosas bonitas que te hacen gozar y vivir lleno de satisfacción ese tiempo. En cambio cuando llegamos a viejo —es el caso mío—, la obra la vemos desde dentro, desde detrás del decorado. ¿Sabes lo que puedo ver, o lo que veo desde allí? Te lo diré: Veo unas sillas y mesas rotas llenas de polvo y telarañas, personajes medio desnudos, gritos y palabras que no considero correcto decírtelas. Es mi modo de ver las cosas, y una diferencia más entre el viejo y el joven”.

“El sendero de la vida: curvo y estrecho, largo y montañoso; puede ser allanado por la fe y el amor, la bondad y la imaginación.

“En ocasiones, padecer mucho son las consecuencias de no haber querido sufrir un poquito”.

— El paso del tiempo qué es: ir viviendo o ir muriendo —le pregunté. Al nacer qué debemos hacer: contar empezando por el uno, o contar hacia atrás hasta llegar a cero.

— Andrés, ¿Qué crees tú que son cien años? Cien años no son nada; es un instante de esta vida. Algunas veces pienso: Morir, qué descanso. Sentir cómo ponen la tapa del ataúd, qué angustia; aunque no lo veré ni lo notaré porque estaré muerto.

En estos razonamientos y otros similares iba pasando la tarde. Seguimos paseando y, quizás por cansancio —o qué sé yo— guardamos los dos silencio; lo cual dio lugar a que, sin saber por qué ni venir a cuento, comenzara a recordar algunas cosas de mi vida en Guardamar, con más o menos importancia pero allí estaban:

El año que se escapó la vaca, mientras no oí decir que la habían encontrado cerca de la “Gola”, estuve esos días que veía vacas por todas partes.

Mi madre compraba ropa a Rosa, “La Gitana”. Rosa venía a casa todas las semanas cargada con un fardo de piezas de tela y, con los picos del pañuelo que las envolvía, hacía y deshacía, con gran facilidad, un lazo para pasar el brazo y echárselo al hombro.

De la escuela, los padres no recibían Boletín de Notas, a decir verdad creo que no hacía falta. Si el comportamiento o la nota era baja, el profesor, directamente y en el mismo instante en que se producía la falta, utilizando —mejor auxiliándose— nombres de frutas, hortalizas y animales, se lo comunicaba al alumno en los términos siguientes: “Eres un melón”. “Eres una patata frita”. “Tu cabeza es una calabaza”. “Un burro, es lo que eres”. En fin, para qué seguir. El maestro poseía una larga lista de expresiones que, en un principio, yo creía que se trataba de una asignatu-

ra más de las exigidas en la carrera de Magisterio. No sé su equivalencia o valoración, comparando aquellas palabras con las notas actuales, lo cierto es que con aquellos métodos los alumnos quedaban enterados y los padres podían vivir tranquilos.

El enterrador murió y la plaza vacante la ocupó su viuda. Mi madre tenía mucha amistad con ella.

Para nosotros eran años muy malos pero, mirando hacia atrás, veíamos a los gitanos resguardándose del frío bajo el puente o en las cuevas de las faldas del castillo, aquello sí que era fatal. Todavía hoy cierro los ojos y veo la mirada de aquellos niños, sus padres hacían por ellos cuanto podían. Una vez les vi coger un cerdo que bajaba ahogado por el río. Le venían siguiendo desde más arriba y al llegar a un recodo, valiéndose de cañas y palos, consiguieron arrimarlo a la orilla y sacarlo del agua. A los pocos minutos pude ver el resplandor de las hogueras y oír cantos de alegría: el festín había comenzado.

Y en la Navidad del año 1944, en la Plaza del Paseo y ante bastante gente, publicaron que en el aljibe de mi casa había aparecido la Virgen. La verdad fue que todo el pueblo “desfiló” por allí para ver a la Virgen; hasta que más tarde, tuvo que ser el tío “Nabo” el que pusiera las cosas en claro diciendo: “¿Qué no veis que lo que refleja en el agua y decís que es una Virgen, no es otra cosa que el remiendo del enlucido hecho por el albañil en la pared del aljibe?”

El tío “Nabo”, con tan pocas palabras, dio fin al “milagro”. Lo más chocante del caso fue que mi madre, esa tarde le dejó la llave de la casa a una

vecina para que abriera la puerta al aguador —principal causante de todo el jaleo— y se marchó a la huerta. Tanto alboroto y ella sin enterarse.

No lo he preguntado nunca, pero siempre me llamó la atención la cantidad de números que sirven de apodo a las personas. Tal vez procedan del número de parcela que tuvieron en la huerta, no lo sé.

✧ De Rojales a Guardamar, baja el río entre los montes y la huerta. En tiempo de guerra hubo una compañía de soldados destinada a fortificar estos montes. Mi hermano Honorio, que entonces tenía quince años de edad, era el barbero de aquella compañía.

La realidad es que acudían a mí muchísimos recuerdos; pero con todos estos pensamientos y algunos más que no he dicho llegamos cerca del cuartel. Es posible que durante el paseo, el Sr. Rodri, me hablara más de una vez; sin embargo, yo, por lo visto, no me di cuenta; supongo que no sería muy importante lo que pudo haber dicho, puesto que preferí seguir dando repaso a mis recuerdos.

El Moncayo tapa la pinada donde se hallaba el campamento del Frente de Juventudes, allá cerca de la Mata.

Y mi Padre, como era de esperar, también cogió las fiebres: "tercianias" o "paludismos". Un día sí y otro no, por la tarde, le entraba el frío. Nosotros le echábamos encima: mantas y todo lo que encontrábamos a nuestro alcance; pero, aún así, mi Padre entraba en calor cuando a aquella caprichosa fiebre le daba la gana.

Sacando tierra del castillo, para hacer carreteras en la pinada, mi hermano Pepe encontró un anillo o sello de cristal muy bonito. Me lo dio a mí y, jugando, al cabo de un rato lo rompí. No era época de pensar con antigüedades; nuestro principal objetivo era comer, no importaba qué, pero sí cuándo.

✧ ¿Cómo no acordarme de los dulces y excelentes melones y boniatos, criados en la huerta? Durante la Guerra —y después de ella— Guardamar fue uno de los pueblos que menos conoció el acoso del hambre. El campo, la huerta, el río y el mar, le dieron casi todo lo que necesitaba el pueblo. Realmente fueron los verdaderos soportes, los que aguantaron o ayudaron a pasar el "Tirón" de la gran crisis.

Y para asar patatas y boniatos, mi padre hizo una "llanda" de un bidón de gasolina. La hizo todo lo grande que pudo: de larga la circunferencia del bidón (1,50 metros), y de ancha lo que permitía la boca del horno de "Feliciana".

✧ En la Guerra, los soldados se quedaban en las casas deshabitadas; al terminar ésta, el batallón estaba en el "Ventorrillo del Puntetes" y, cuando subían al pueblo los domingos, para oír misa, daba gusto verlos desfilar por la carretera. Ya más tarde, se instalaron en barracones de madera que construyeron a la derecha de la carretera que baja hasta el mar.

"Regidor", nuestro vecino, el que una vez siendo joven fue nadando a la Isla de Tabarca, hacía café y leche helada, partía las almendras con mucha rapidez y, para mí, fue siempre buenísimo. Una vez que encontramos a Regidor en una finca situada cerca de las faldas del monte "Raboses" —quizá la finca fuese

de su propiedad—, le dio a mi padre un pan blanco de harina de trigo y oí cómo le decía: “Honorio, toma esto para el chiquillo”. Debemos comprender que son detalles o buenas acciones que no se olvidan nunca. Tampoco olvido a mi padre, qué sentiría en aquel momento, sabiendo como sé ahora que cuando hacen un regalo o acarician a un hijo, lo agradecemos más que si hubiese sido a nosotros.

Victorina era muy rubia y todos la admirábamos. Ninguno dudaba de que era la hermana gemela de Sirley Temple. Victorina era hija de Paco.

Algunas veces quisiera vivir lejos de lo material, mejor, vivir y no saber que estoy viviendo. Si soñar me hace feliz ¿Por qué no he de seguir soñando, puesto que tan poco esfuerzo me cuesta?

Y con el miedo que yo le tenía al “home del sac” o “home de la sang”, mira por donde que, estando un día jugando en la puerta de mi casa, un hombre se acercó y me pidió que le acompañara por la carretera del mar hasta la playa; quería que fuese con él a casa del Moñino. Cuando ya íbamos por los primeros pinos empezó a hablar, pero yo no le entendía ni supe qué quería decirme. Mi madre al ver que tardaba, ya que era de noche, salió llamándome a gritos. Por mi parte, al oír la voz de mi madre corrí hacia donde estaba ella —deseaba verme libre y agradecí enormemente que me llamara— y el hombre desapareció y no volvimos a verlo más.

* * * * *

Mientras tanto, Guardamar, con sus grandes y pequeñas cosas seguía tejiendo la alfombra de su Historia:

— “Nena, ves y dile a la tía Nieves que te deje el termómetro si lo tiene”.

Era el termómetro del barrio. A los pequeños se les ponía en el “culito” y a los mayores bajo del brazo o en la boca; pero siempre el mismo termómetro. Si lo limpiaban o no lo limpiaban, vale más no saber nada.

Pedro León era mi amigo. Pedro era hijo del Cabo León. Una noche que jugábamos en su casa, oí cómo la madre le decía al marido: “Tú eres tonto, fulanito y menganito, que son de menos categoría que tú, compran las cosas a precio de tasa”.

— Pero mujer —le contestaba el Cabo—, esas personas salen a ganarse el jornal. ¿Qué quieres que te diga? No tengo valor para aprovecharme de ellos.

La verdad es que la cosa más insignificante puede crearnos un gran problema. Eso eran, precisamente, un problema y un quebradero de cabeza, para mi Padre, los tres eucaliptos que teníamos en la orilla del bancale de la huerta. Él no decía nada pero se le notaba el malhumor.

Y los amigos le aconsejaban: “Honorio, hazle agujeros con una barrena y métele sal”. “Híncale clavos largos que les lleguen al corazón y verás cómo mueren”.

Pero mi padre no fue capaz de hacer nada de lo que le dijeron, ni mucho menos. Lo más que llegó a hacer: una zanja para separar los árboles del sembrado.

Lo cierto es que los eucaliptos siguieron su marcha: creciendo y engordando el tronco —que ya era de un metro de diámetro— cada vez más verdes y

hermosos. Eso sí, en verano nos regalaban su sombra que, la verdad, era digna de agradecer.

El hijo del médico también era mi amigo. Al dueño de la casa en que vivía el médico, le dieron el "paseo". Cuando iban a matarlo, creyendo que así no dispararían, el hijo mayor se abrazó a su padre; pero todo fue inútil, por lo visto no influyó nada en las conciencias de aquellos hombres y los dos cayeron al mismo tiempo.

No era menos, amigo mío, el hijo de la frutería. A su padre lo cogieron con estraperlo y no tuvo otra salida más que implorar: "¿Qué voy a hacer, qué quieren que haga, si tengo chiquillos y he de darles de comer? Tengan ustedes compasión de mí; yo también fui guardia".

— ¡Ah! ¿Conque eres un rojillo? —dijeron—, pues bien hombre, bien. Le detuvieron, de una manera poco ortodoxa, y al cabo de algún tiempo murió.

¿Qué le vamos hacer? Se oían tantas cosas, tantas barbaridades, hechas por un bando y otro. Se decían cosas a montones —casi siempre en voz baja—, pero se decían.

— Andrés —me decía el Sr. Rodri, con desilusión y muestras de agotamiento—, no soy capaz de definir qué experimenta la persona cuando llega el momento de su vida y comprende que ya no es útil, que nadie lo necesita, que sin él la vida sigue lo mismo o quizá mejor.

"De todos modos, cuando seas viejo, procura gradualmente ir retirándote, apartándote de las reuniones y tertulias de tus hijos y nietos —al menos, evita

meter baza en sus conversaciones—, les harás un bien en ese momento y, otro mayor, al no echarte de menos después de tu muerte".

No sabía el Sr. Rodri que, en mi horas de soledad, mirando hacia el Cielo, yo hablaba con mi madre y mi padre, les preguntaba: ¿Cóm vos se va ocurrir ferme? ¿Qué pintec jo en es mon? ¿No compreneu que os tinc que estar agrait per haber nascut, i no estic segur de que jo vulgera nàixer? ¡Bona la féreu!

La Tierra es una verdad cubierta con muchísimas mentiras, pertenece a un conjunto que no sabemos si se trata de una gran verdad o de una gran mentira.

Y en aquellos años de la posguerra, Bernardino encontró en el suelo un nido de pájaros. No tenía pájaros, estaba vacío, mas él, sin que lo viese nadie, lo recogió y no lo pensó dos veces, hizo de vientre dentro del nido —las cosas de Bernardino—, lo puso en la rama de un árbol y fue corriendo en busca de Tintorico: "Ven, escucha, sé donde hay un nido que tiene la "mareta dentro". Tintorico, tan obediente como siempre, le siguió hasta llegar al pie del pino: "Este es —dijo Bernardino, señalando al árbol—, mira dónde está el nido, date prisa, sube en silencio y mete la mano, verás cómo coges los "pajaricos" y la "mareta". Una vez más, Tintorico obedeció. Se quitó las alpargatas y descalzo trepó con agilidad por el tronco del árbol. Conteniendo la emoción, sin apenas respirar, con la elasticidad de un felino preparado para saltar sobre su presa, se acercó cuanto pudo y al estar junto al nido, con rapidez, efectuó el fatal movimiento, metió la mano y buscó, mas no fueron los pájaros lo que encontró.

Muchísimas personas en este Mundo, nacen, crecen y se forman con ilusión y entusiasmo: Estudios, sacrificios, etcétera, la preparación necesaria para poder llegar a la cima en esta vida. Y una vez lo consiguen, una vez preparados ¿Qué encuentran en ella? Posiblemente, lo mismo que encontró Tintorico en el nido.

ÍNDICE

INDICE

PRESENTACIÓN	7
PRÓLOGO	11
I "GUARDAMAR DEL SEGURA"	13
II DESEMBARCO DE LOS MOROS	28
III VISITA AL CASTILLO	39
IV	47
V	59
VI	67
VII	73



M.I. AYUNTAMIENTO
DE GUARDAMAR DEL SEGURA